Juan Montalvo

MERCURIAL ECLESIASTICA

LIBRO
DE LAS VERDADES

PQ8219
.M5M55

Editorial Américalee / Buenos Aires

Don Juan Montalvo (1832-1889 era un hombre de batalla, pero un guerrero que cuidaba de sus armas con pulcritud y esmero. Manejaba la pluma lo mismo que en otras circunstancias hubiese esgrimido la espada, con pasión, con audacia, con maestría. Pertenece a los prosistas señeros de la lengua castellana y sus ensayos, como los de los *Siete Tratados*. continúan siendo modelos y únicos. Nació en el Ecuador, en Ambato, y al Ecuador dedica sus páginas inimitables, tanto cuando combate a García Moreno, el estadista notable, entregado a una política regresiva, como cuando marca para siempre al dictador Ventimiglia en sus *Catilinarias*, o cuando administra al arzobispo de Quito aquel varapalo que forma la *Mercurial eclesiástica*, a través de la cual se recordará por siglos y siglos a Monseñor Ignacio Ordóñez, que condenó en una pastoral la lectura de los *Siete Tratados*.

Raramente se leerán páginas de combate más bellamente escritas, de mira más alta, de tal hondura. No es un anticlerical el que maneja el azote, es un alma noble que persigue implacable a los fariseos y los arroja del templo. Tanto por su contenido como por su forma, Montalvo libra aquí una de las formidables batallas que dan razón de ser a su vida.

PRECIO $ 3.50

PRINCETON
1983
SEMINARY
219
155

Francisco Pérez de Arce

Francisco Perez de Leon

MERCURIAL ECLESIASTICA

Francisco Pérez de Arce

JUAN MONTALVO

LIBRARY OF PRI
DEC 9
THEOLOGICAL SE

MERCURIAL ECLESIASTICA

Libro de las verdades

EDITORIAL AMERICALEE
BUENOS AIRES

EL OBISPO

Non flere, non indignare,
sed intelligere.

Esta máxima de Spinoza, uno de los más profundos filósofos modernos, no suele tener aplicación a las cosas de la vida, cuando tanta verdad encierra. Antes de comprender, nuestras lágrimas son inútiles, pues no tienen causa ni objeto; y aun pueden ser impertinentes, porque las estamos vertiendo quizá en ocasiones en que debemos regocijarnos de esta divina facultad con que el Criador nos ha dotado con nombre de inteligencia. Ahora indignarnos de cosas inocentes, cosas que por ventura merecen la corona de la virtud, ¿qué es si no romper las conexiones sin las cuales no caben ni sociedad humana, ni fraternidad, ni gobierno, ni familia? No lloréis, no os indignéis; tratad de comprender; y si habiendo comprendido veis que el corazón debe afligirse, llorad; y si consideráis que el alma pura y santa debe indignarse, indignaos. Si no habéis comprendido, ¿por qué lloráis? ¿por qué os indignáis? Lloráis, os indignáis, condenáis; y he

aquí que vosotros sois los condenados, porque habéis faltado a la inteligencia, la mansedumbre y la caridad, requisitos sin los cuales no hay hombre justo, y menos sacerdote ejemplar y respetable.

Entre un hombre del vulgo y un hombre distinguido; entre un hombre oscuro y un hombre ilustre; entre un gran pensador, gran autor, gran moralista, y un ignorante, por torpes y desmañados que seamos, no hay duda sino que nos hemos de atener al juicio del que está gozando de la consideración universal. El arzobispo de Quito ha condenado mi obra titulada *Siete Tratados*, y ha prohibido su lectura, por herética, dice, inmoral y blasfema. Ha estado esperando ese desventurado que mi libro merezca la aprobación de esos que no lloran ni se afligen, sino comprenden; ha estado esperando que entidades morales de gran peso, como Gobiernos y Academias, honren de mil maneras a su autor, para salir él, ente infeliz sin inteligencia ni virtud, a llamarle mentiroso, impío y blasfemo. Pues yo me atengo a los que han visto en ese libro *pura moral* y *profunda filosofía*, antes que al que no ha hallado en él sino impiedades y perversidades. Este llora y se indigna, sin haber comprendido; los otros comprenden, y alargan la mano del hombre de bien, la mano del filósofo, al que los ha convencido con sus discursos, y los ha conmovido con los afectos de su corazón.

Los calificativos que no caben en los labios de la modestia, no los repetiré, aun cuando estén sonando a mis oídos cual música lisonjera; pero sí he de recordar al escritor sagaz y de buena fe que ha visto en el autor de los *Siete Tratados* el hombre bueno. La bondad es don modesto, casi humilde; y con todo, yo lo prefiero a las prendas que envanecen y los méritos que ensoberbecen. El escritor español que ha hallado en mi libro bondad, mucha bondad, es para mí, naturalmente, más que el clérigo semibárbaro que, juzgando según los intereses de una secta y de un grupo de personas, ha visto maldad en mí, mucha maldad.

El sabio me consuela, el virtuoso me salva: el ignorante procura afligirme, el vicioso me condena. Cuando ese gran personaje dotado de todos los conocimientos humanos y todas las virtudes, que echa sus sentencias desde el trono de la historia y la filosofía, no ha querido perder tiempo, según él mismo dice, de manifestar su admiración por los *Siete Tratados*, ¿me he de acongojar por que un mal hombre y peor sacerdote los prohiba y me cubra de improperios? César Cantú, grande y verdadero cristiano, me salva; Ignacio Ordóñez, impío por ignorancia, temerario por corrupción, me condena. ¿Cuál de estas dos sentencias vale?

No digo que todos los que han expresado su sentir respecto de mi libro, ya en escritos públicos, ya en cartas particulares, lo aprueben en general, y consideren que de principio a fin merece una corona; pero el crítico que examina una obra en su conjunto y rastrea sus tendencias, hace sus salvedades, y tomando la sustancia de las cosas, la señala a los pueblos como buena o mala, útil o perjudicial. Cantú mismo dice que no piensa como yo en muchos puntos; ¿mas ha tenido necesidad de insultarme por lo que él no aprueba? ¿me ha acusado de mentira, porque no digo las cosas a su modo? ¿ha visto *desnudez miserable* en mi alma cuando la ha vestido de "rectud moral, elevación constante"? Donde hay mentira y mala intención, no puede haber rectitud moral y elevación: un varón justo y sabio ha visto en mí rectitud moral y elevación constante; luego ha faltado a la verdad y la moralidad el que dice no haber visto sino perversidades y mentiras. El uno averigua como filósofo, juzga como cristiano, resuelve como juez; el otro lee sin comprender, o no lee del todo; juzga como necio, y ejecuta como verdugo. El uno es hombre sin tacha; el otro no se ha escapado de los tribunales, sino merced a su castidad, según veo en mil periódicos. Ni los diarios clericales de París dejaron de levantarse y caer sobre el obispo corrompido cuya infernal concupiscencia... Tente, pluma, y alza el vuelo a regiones más ventiladas y luminosas, donde la

honestidad y la misericordia te agasajen con sus flores benditas.

La máxima de Solón aplicada a la asociación civil es siempre verdadera: Hombre sin buenas costumbres no puede gobernar. En lo eclesiástico, en la *santa Iglesia,* como ellos dicen, ¿qué será? Hombre sin buenas costumbres no puede gobernar; clérigo de malas costumbres no puede predicar; obispo de negros antecedentes no puede condenar a los que, si no virtuosos, aman y respetan las virtudes. Yo las amo y las respeto en los que las practican, en el secular como en el eclesiástico, en el fraile como en el soldado. No soy enemigo de individuos ni de clases sociales: donde está la corrupción, allí está mi enemigo; donde están reinando las tinieblas, allá me tiro sin miedo. Las excepciones que hago de continuo en favor de los sacerdotes que han merecido bien del género humano por la sabiduría y las virtudes, les harán ver a los clérigos de probidad que no soy *enemigo ciego* del clero, como dice el cabrón de Mendés que se está llamando arzobispo de Quito. No olvidarán los que no han olvidado "El Cosmopolita" que tengo al clero por parte esencial de una sociedad bien organizada: lo que pido es clero ilustrado, recto, virtuoso, útil; no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial: este clero es una peste, por el poder que tiene sobre pueblos que andan muy atrás de las naciones civilizadas; en los que no les

creen a ojo cerrado, no es sino un trapo. Mas ¿qué elemento mayor de civilización que el sacerdote inteligente, sabio, cuerdo y puro? Este busca la verdad alumbrándose con la antorcha de la sabiduría, y la halla; y cuando la ha hallado, la presenta desnuda al mundo, y dice: ¡Esta es! Cultiva la historia y la moral, comunica sus conocimientos a los demás, les desencapota el alma, y no teme que le griten "¡mentira!" los que no están al corriente de los sucesos humanos.

Cuerdo dije, sí, cuerdo: ser cuerdo es más que ser sabio: cordura es prudencia, cordura es mansedumbre, cordura es benignidad. El hombre cuerdo se salva cada día y está salvando a sus semejantes. El precipitado, violento, furioso, se pierde, y sacrifica a los que tienen la desgracia de seguirle. Cosa muy diferente es la energía, la entereza de la convicción y el deber: San Ambrosio cerrándole el paso al emperador de Roma en la catedral de Milán, no es violento ni temerario; es soldado impertérrito que mantiene su puesto y defiende su bandera. Teodosio, en medio de su poder, está temblando: ¿qué palabras salieron de los labios del obispo? ¿qué centellas brotaron de sus ojos? Si Ambrosio le hubiera llamado "mentiroso", "inmoral", "blasfemo", Teodosio le hubiera hecho cortar el pescuezo: habló en nombre del Espíritu, y el Espíritu no articula sino palabras vestidas de ver-

dad y grandeza, lengua sublime que resuena por el mundo y sube al cielo a incorporarse en la música de los serafines.

El estilo es el hombre: antes de Buffon éste era ya un axioma; pero axioma sin voz, que se mantenía oculto en las entrañas de la sabiduría. Ese filósofo le dió cuerpo en su gran lenguaje, y desde entonces no hay ignorante que no sepa que el estilo es el hombre. ¡Ah, miserable!, tú que enrocado en tu alta silla te pones a gritar como demente: ¡Mentira! ¡Blasfemia! y hartas de agravios al que está saboreando las alabanzas de personas de gran mérito, ¿no temes que un Teodosio justiciero te eche a latigazos de la puerta de la catedral? Jesús echó también de este modo a los traficantes inicuos: ¡ay de los traficantes de iniquidad y perdición! Tráfico de iniquidad y perdición es el comercio de las cosas inmortales, el cambio de lo divino con lo infernal. Acaba ese obispo sanguinario de provocar el derramamiento de sangre en la capital de una República: hablando a nombre de Dios ha engañado al pueblo: como el engaño no bastase, le han enfurecido los esbirros con licores fuertes: borracho el pueblo en nombre de Dios, se ha tirado sobre un grupo de hermanos suyos: palo, puñal, armas de fuego, sangre, he ahí la palabra del santo obispo. Cada pastoral de ese malvado es una desgracia pública; pero no tanto, si no la acompañan con el

aguardiente. El pueblo, el pobre pueblo, bueno y generoso, no derrama sangre, a menos que le priven del juicio. El pueblo lee poco, y no sabe gran cosa; pero la fuerza del tiempo, la fuerza del siglo obra sobre él sin que él lo advierta, y ya no se tira ciego a matar *herejes,* cuando no le enfurecen y mancillan con el infame veneno que perturba la razón y desmejora el cuerpo.

Esa pastoral y un barril de aguardiente me hubieran costado la vida, si Dios no me estuviera salvando con la ausencia. Para confirmar un aserto de otra especie, he vuelto a leer los viajes de Don Francisco José de Caldas: cuando llego al pasaje en que el pueblo de Cuenca se arroja sobre el secretario de la Comisión científica que a mediados del siglo pasado fué a medir el meridiano, tiemblo, no de miedo sino de cólera. La cólera no permanece; mi alma cae en admiración profunda, y de aquí pasa a la amargura. ¿Cómo, ayer, en los umbrales de nuestro siglo, hay pueblo en el mundo civilizado, cuya plebe, a las voces de los clérigos, se tira sobre un sabio y le hace pedazos, por brujo? Ordóñez, Ignacio Ordóñez, no puedes negar tu cuna: sangre chorrean tus labios, sangre despiden tus ojos, sangre requiere tu temperamento. Quiteños, ¡ay quiteños!, si una pastoral de vuestro ilustrísimo prelado le cuesta la vida algún día a este vuestro compatriota que está haciendo lo posible por

daros nombre honroso, cincuenta años después un escritor de mi raza ha de decir: "El Padre Ordóñez hizo asesinar al Cosmopolita, al autor de los *Siete Tratados,* por hereje; y se ha de admirar de que esto hubiese ocurrido a fines del siglo décimonono, en un país sito entre Colombia y el Perú, Repúblicas ilustradas y liberales." La ausencia me salvará; pero ¡ah!, esta patria que tanto puede en el corazón... Desterrado desde muchacho por escritor, por campeón de la libertad y azote de tiranos, ¿he de volver algún día a morir a manos de los clérigos, por brujo? No os lamentéis de mi suerte, ecuatorianos; admiraos de la vuestra: de las garras de un facineroso como Ignacio Veintemilla, habéis ido a caer en las de un inquisidor de Felipe II como Ignacio Ordóñez.

Mucho hacen los clérigos, mucho persiguen, mucho provocan en los países desgraciados donde su poder no tiene límites; y mucho olvidan en daño propio. El pueblo, ese pueblo a quien ellos levantan cuando quieren, y mandan a sembrar ruinas; ese pueblo engañado y ciego, abre los ojos de repente, se echa sobre los que le obligan a malas obras, y clérigo que cogen, allí le matan. Después de haberles sufrido y obedecido largo tiempo, el pueblo español se levantó un día y degolló ochocientos frailes: las mujeres, las más devotas, se los comían a pedazos. El pueblo español se cansó de ser vil esclavo de Satanás, y con sus mis-

mas cadenas descalabró a sus engañadores, sus opresores de alma y cuerpo. La revolución francesa fué obra de los clérigos: si nadie ha sentado esta proposición hasta ahora, yo la siento.

Debiendo ir a visitar las ruinas de Itálica en Sevilla, pedí en mi casa de posada un hombre que me acompañase: vino luego un viejo gordo, barrigón, que acezaba como un pato. ¡Hombre!, le dije, ¿y será usted capaz de seguirme?, usted no llega hoy a Santi Ponce. Deje usted, respondió; si cuando empecé a hacer ejercicio sirviendo de guía a los extranjeros, ya fué tarde. La mala vida no me ha podido enflaquecer: gordo salí de mi convento, gordo me he quedado.

"¿Convento?", repliqué.

"Convento, sí, señor: unos pocos salvamos la vida cuando la chamusquina de marras; y aquí me tiene hombre como cualquiera".

"¿Es usted fraile?"

"Ya no lo soy, pero lo he sido. ¡El pueblo, señor, el pueblo! Aun no se me va del corazón esa pesadilla".

"¿Y por qué se volvieron ustedes tan odiosos al pueblo, hermano exclaustrado?"

"Tiramos mucho la cuerda, y reventó. ¡Qué demonio!, si supiera usted los tramojos que ahora paso".

Le di un duro al fraile para que no me acompañase, y eché solo y sin cautela hacia las ruinas de Itálica. Los que quedan son para contar el cuento,

amigos clérigos: vosotros nos oprimiréis, perseguiréis, mataréis; mas puede llegar el día, el día de la pesadilla. Y advertid que los héroes de esa fecha no son herejes ni liberales; es el pueblo, son las mujeres que se levantan y nos vengan.

Sed sabios, si es posible; pero antes de serlo, procurad ser cuerdos. No persigáis, no difaméis, no calumniéis, no nos expongáis a la furia del pueblo; y no os perseguiremos. Si somos cuerdos, tanto vosotros como nosotros, el día de los ochocientos, el negro día, no llegará. La Iglesia, esa a quien llamáis *la santa Iglesia*, si sigue la doctrina de Jesucristo, es mansa, caritativa, suave y tolerante. San Pedro desenvaina la espada; Jesús le manda envainarla. ¿Qué es eso de palo y puñal a nombre de Jesucristo?

Yo suelo tener poca paciencia para ciertas lecturas: cartas pastorales, no puedo, ¡oh!, no puedo, a menos de que no son piezas como las oraciones de Marco Tulio Cicerón. "Amados hermanos, hijos y hermanos, venerable cabildo, hermanos venerables, venerables hijos, santo cabildo, venerable cabildo, hermano cabildo, hijos venerables, venerables hermanos". Esta prosa de Platón henchida de fraternidad, es grato aroma para el alma delicada, elixir de la vida para el corazón contrito. "Venerable cabildo", "Venerables hijos", "Venerables hermanos": ¿son masones estos clé-

rigos? El venerable es de la masonería. Si son masones, a nosotros que no lo somos nos toca excomulgarlos. Y en medio de tanta fraternidad, paternidad y venerabilidad, la grosería que gastan los obispos ignorantes y de mala educación, es increíble. Las pastorales del ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleáns, son modelos de buen decir y cultura: ¡qué cortesía de hombre, qué gracia de literato, qué elocuencia de sacerdote! El señor Guibert, actual arzobispo de París, sin levantarse a las regiones oratorias de Dupanloup, es hombre comedido, escritor remirado y pastor cuerdo, muy cuerdo. Es de ver como acaba de insinuarse con las grandes damas de la metrópoli para que haya menos ruido y bambolla en los actos de caridad que practican de enero a enero. Sí, la caridad ha de ser modesta, callada, y el que aconseja la modestia y el silencio, ha de ser sagaz y comedido, no grosero y brutal, como Ignacio Ordóñez. ¿No sabe éste que lo político no quita lo valiente? Con llamarme "Juan Montalvo" sin don ni señor, me ha autorizado a llamarle Ignacio Ordóñez, porque yo soy más obispo que él. ¡Oh, de cuántos sinsabores pueden librar un *don* a tiempo, o un *señor* prudente! A los que me llaman "Juan Montalvo" por exceso de consideración, les agradezco para mí, aun cuando yo sé muy bien que todavía no soy Víctor Hugo ni Napoleón Bonaparte, sin don ni señor. Al que me quita el don o

el señor por atrevimiento, le sacudo las orejas como a negro mal criado.

No es preciso que nos remontemos a Francia para hallar buenos clérigos y prelados majestuosos: las pastorales del arzobispo de Bogotá, verbigracia, no adolecen de los defectos que estoy castigando en ese de más allá: parco en la reprensión, manso en la lección, prudente en el consejo, moderado en las exigencias, nunca se ha expuesto el señor Arbeláez a que un hombre de mi temperamento levante su maza y le dé en la cabeza. Jamás he provocado a los clérigos; no he hecho sino defenderme y ponerlos en su lugar: agresivos, llenos de odio, feroces, si yo hubiera podido ser de los suyos, todavía hubiera sido cosa imposible. No son pastores que reúnen la grey y la consolidan en santo grupo; son lobos que acometen, ahuyentan y dispersan: ¿a qué hora ha de poder uno ser católico con semejantes guardianes del catolicismo? Cancerberos furibundos, allí se están a las puertas de su secta tirando la cadena y dando aullidos. Viendo un día en mi país una iglesia grandemente iluminada, quise saber lo que ello fuese, y entré de paso: "Este pícaro estará pensando que la iglesia es para él", murmuró de modo que yo le oyese un viejo católico, de esos de capa y zuecos que aun no se han acabado en las *colonias españolas*. Si le toleran a uno dentro del templo, le mandan hincarse; si no obedece, le insultan. Se ha

de echar por el suelo, ha de besar la tierra, se ha de poner en cruz, ha de rezar, aun cuando sea turco. Esa aduana es horrible: donde no se contentan con abrirme los baúles y sacudirme el último trapo, sino también me buscan los bolsillos, yo pienso que no estoy entre cristianos. Déjenme, rece o no rece, me santigüe o no me santigüe: yo sé en dónde y cómo le pido a Dios mis cosas. ¡Cuántas veces he entrado a la iglesia, la vieja vecina me ha dicho con ira: "persígnese"! No me da la gana: persígnese ella, persígnese el cura, persígnese el obispo, persígnese el diablo de modo que todo el mundo vea eso: yo me persigno en mis soledades, y me tiro de rodillas ante el Todopoderoso en presencia de una montaña cubierta de nieve eterna, o en alta mar, alzando los ojos a un cielo cargado de estrellas en mundo oscuro y silencioso.

La sangre que han derramado los católicos en los que no se persignan cuando ellos se lo mandan y del modo que a ellos les gusta, no tiene medida. ¡Qué río ancho y profundo fuera ése; si de una vez pudiéramos ver correr por las naciones la sangre que ha derramado el fanatismo! Las persecuciones de Nerón en los cristianos primitivos, las de Diocleciano, no hicieron más víctimas que las de los católicos en los que no han querido persignarse a su modo. Los albigenses, destruídos; los templarios, quemados y borrados del haz de la tierra; los hugonotes, asesinados en una noche

por millares; y la Inquisición, ¡oh Dios, aterrando al cielo mismo con sus calderas hirvientes, sus instrumentos de suplicio, sus piras encendidas que no han dejado de arder a lo largo de doscientos años! Razas enteras exterminadas, pueblos enteros echados al mar o al desierto. Actualmente se hallan en París los testigos del inmenso crimen de Luis XIV, los descendientes de los hugonotes echados, hombres, mujeres y niños al Africa del sur, que mueran de hambre o a garras de los leones. Los representantes de la República del Transvaal son hijos de esos valerosos holandeses y franceses que se fueron sin su patria, pero con su religión: Dios, tolerante y benigno, los salvó de la sed y del león, y hoy son pueblo civilizado y próspero; los clérigos no los salvaban. Dios los ha salvado, y allí se están en su nueva patria santiguándose con el número de dedos que les parece justo. ¿Habrá temido Jesús en su vida que el mundo había de ser ahogado en sangre por cuenta suya? ¡Los moros al desierto; los judíos al mar; los cristianos mismos, los mejores cristianos, sabios, descubridores, santos verdaderos, al tormento! Esta es la mansedumbre, ésta la misericordia de la secta que nos condena por malos y perjudiciales. Con este sistema de ferocidad y violencia pierden terreno, y los pueblos dan cada día un paso dentro de su negro dominio. El círculo se les estrecha por todas partes: cuando la verdad y la virtud lleguen al cen-

tro, Dios reinará, sus ministros serán justos, y los pueblos libres y felices.

Buscad la mujer, dicen los franceses, en toda tragedia misteriosa que ocurre entre pocas personas: *Cherchez la femme*. Buscad el clérigo, diría yo, en las matanzas generales, las hecatombes horrendas que han afligido al mundo, desde el primer obispo que hizo derramar sangre por motivos de religión. En el degüello de la jornada de san Bartolomé, tras el siniestro Carlos nono está Catalina de Médicis; tras Catalina de Médicis, el clérigo, el sacerdote católico. En la revocación del Edicto de Nantes, tras ese gran ejecutor que se llama Luis XIV, está la mujer, Madama de Maintenón: tras esa fatídica devota, el clérigo, el confesor, el sacerdote católico. Veinte mil familias, esto es, cien mil personas, por lo menos, le debieron la proscripción a este clérigo, gran clérigo, por otra parte, sabio, elocuente y amigo de las virtudes. Bossuet era hombre puro, fanático de convicción, cuyo fanatismo no se detenía ni en la crueldad, ni en la barbarie. ¡Proposición impía! grita desde su obispado de Meaux, y exhorta al Pontífice Romano a hacer ejemplar castigo en el cardenal temerario que había puesto en duda el infierno de los recién nacidos; ese infierno peor que el de los viejos, oscuro y frío, donde las almas de los infantes no bautizados están yendo y viniendo en un mar de frígidas tinieblas. El hombre bueno, el carde-

nal piadoso en cuyo cerebro no podía caber el limbo, es más, para el filósofo, que el gran orador que no podía comprender cómo el hombre impoluto que acaba de nacer no esté sujeto a una interminable expiación. Justo es que al lado de un clérigo que pide sangre ponga yo otro que predica la misericordia. Poco hace al caso que los que no tienen talento para más se diviertan en tomarme contradicciones, haciéndome notar que mil veces he citado a Bossuet en favor de mi causa: esto no prueba sino mi buena fe, y la libertad en que mi espíritu se ensancha. Como en todos los grandes autores, mucho habrá en él que acepten la razón y la conciencia, y mucho que desechen el buen criterio y la sana doctrina. Bossuet tras Madama de Maintenón, echando de su patria, sus hogares, a veinte mil familias inocentes, no es el varón a quien admiro y aplaudo. Bossuet, autor del *Discurso acerca de la historia universal,* es el genio que me deslumbra y domina.

De las persecuciones de Enrique VIII a los católicos de Inglaterra, no salgo defensor, porque no soy protestante: tanta vergüenza tendría yo de ser protestante fanático e intratable, como de ser ultramontano desaforado. ¡Pero cuán lejos se halla ese mismo violento reformador del católico Felipe II! Lo que sí quiero que se note es que el filósofo, el cristiano tolerante y generoso, el sabio, el bienhechor del género huma-

no, el pensador, el amante de la libertad jamás han sido verdugos de los católicos; los católicos, siempre perseguidores de la inteligencia y el saber, de la libertad y el amor, cuando éstos no han querido agachar la cabeza humildemente y recibir el yugo: el yugo del papa, el yugo del obispo, el yugo del cura. El ultramontanismo siempre ha sido una vasta servidumbre: el que quiere pensar con su pensamiento, muere; el que cree según su convicción, muere; el que alza la voz, muere, que sea santo, que sea sabio. Si no quiere morir, abjura, se humilla: dígalo Galileo. Si no quiere abjurar, si no quiere humillarse, muere: dígalo Savonarola.

¿Miento, Ignacio Ordóñez? Tú llamas mentira a la historia, porque no la conoces, porque no la has estudiado ni oído; y llamar mentira a la historia, no es enseñar; llamar blasfemia a la verdad, no es predicar. Demuestra la mentira, y allí confundes a tus adversarios. Pero si te basta ese término infame para tus anatemas, tus proscripciones, ¡ah, miserable!, recula, anda hacia atrás, rompe con tu cabeza informe las barreras del tiempo, ofrece tus servicios a Torquemada, y ejecuta, y aprieta, y da el trampazo, y triunfa. En el año de gracia de mil ochocientos ochenta y cuatro, los filósofos del siglo décimooctavo, la revolución francesa, los pensadores, los libertadores del mundo no permiten que los hombres útiles caigan ignominio-

samente bajo el hacha del clérigo, el dogal del sacerdote. Cuando más puedes embriagar al pueblo y precipitarle sobre la gente mansa que está discutiendo y gozando de las prerrogativas de la ley. Pero ese mismo pueblo, cuando vuelve en sí, cuando vomita la ponzoña con que sus verdaderos enemigos le privan de la razón, tiene vergüenza de lo que ha hecho, tiene miedo: las acciones atroces cometidas sin meditación, aterran a sus autores; los actos infames, le matan de vergüenza. Y de ese género de vergüenza a la cólera, no hay más que un paso. Pastorales contra los buenos ciudadanos; pastorales contra los que estudian y enseñan; pastorales contra los campeones de la libertad en todo tiempo; pastorales contra los patriotas que están trabajando por el bien común; pastorales contra los escritores que defienden los derechos de ese mismo pueblo de quien ellos se sirven para intimidar, aterrar, herir en los hombres sensatos, y propagar la máxima de ¡Muera el que piensa! ¡muera el que habla!

¡Muera el que piensa! ¡muera el que habla! sin faltar, por de contado, al divino precepto de *la caridad fraterna.* Por caridad me cubre de improperios *mi hermano en Jesucristo,* ese príncipe de la Iglesia que ha levantado su Santo Oficio en las faldas del Pichincha. Por caridad desfigura mis escritos, pervierte mis intenciones, miente como inverecundo para volverme odioso. Por caridad me señala al pueblo como enemi-

go de la religión, para que me despedacen como al secretario de la comisión francesa. Dice que uno de los móviles de sus anatemas es "la caridad fraterna" que debe reinar entre los hombres; y por caridad fraterna me hiere con su cayado, pastor ebrio, pastor enfurecido contra las ovejas que debe procurar traer mansamente al aprisco, y proporcionar a esas hambrientas el pasto de vida, pan del cielo, alimento de almas, que es dulce y saludable. La cólera no es pan de vida, la injuria no es licor que reconforta y salva. Ese obispo que lee sin entender, juzga sin discurrir, condena sin leer ni deliberar; ese obispo que está blandiendo una quijada de asno que él tiene por cayado, no es mi hermano; es Caín; y hace seis mil años que este negro personaje está repudiado de los hombres. Caín es huérfano, solitario: no tiene padre, no tiene madre, no tiene hermano. Pero qué consuelo para él, ¡tiene hijos, tiene descendientes! El obispo, el cura que me señalan para la muerte, ésos son hijos de Caín. Ignacio Ordóñez me llama hermano, y anda en busca de verdugo para mí; me llama hijo, y sube a la cátedra del Espíritu Santo a echar maldiciones contra mí; contra su hermano, contra su hijo. "Hijos", "hermanos", dice a cada paso; y estos dulces, santos nombres salen de sus labios envueltos en hiel y sangre. No, el que aborrece a sus hermanos, el que maldice a sus hijos, no tiene hijos ni hermanos: Caín no tiene hijos, aun-

que su vasta descendencia anda esparcida por el mundo.

Si el error está triunfando en todas partes, como dices, oponle la verdad: el error no hace pie contra esa fuerte diosa, cuando ésta se le presenta desnuda, echando luz por los ojos, centellas con la mano. El error es enemigo débil y cobarde; vuelve la espalda, huye: si triunfa, es porque los amigos de la verdad no la despiertan, no la llaman: el triunfo del error es cargo tremendo contra los que combaten por la ley y la justicia, la religión y la felicidad, grandes verdades que ojalá siempre se llevaran de calles a los errores. "El error triunfa"; ¿y por qué triunfa? ¿pensáis acaso, oh gente errada y oscura, que nosotros nos gozamos en ese triunfo, o que sacamos alguna ventaja de predominio de las falsas ideas? Si defendemos nuestros principios, es porque los tenemos por verdaderos; si estamos triunfando, es porque la verdad, como vosotros mismos decís, no puede ser vencida. Prohibir no es discutir; el que me prohibe no me convence; y lo que yo quisiera fuera que me convenciesen los más inteligentes, los más sabios. Condenar no es aclarar: si estoy envuelto en tinieblas, como decís también, alumbradme, sacadme del laberinto de dudas y falsas convicciones, puesto que en vosotros hay lumbre divina. El que en vez de enseñarme me insulta, no hace sino poner de manifiesto el vacío de su pecho, la oscuridad

de su cabeza. Id por el mundo, y enseñad a las gentes, dijo a sus apóstoles el Maestro; no dijo: Id, y condenad; id y predicad muerte y exterminio.

Yo quisiera un teólogo de sotana o de levita que me explicara esta contradicción, verbigracia, una de las proposiciones por las cuales el arzobispo de Quito ha condenado mis *Siete Tratados.*

La filosofía de Santo Tomás, que es la aristotélica, ha sido la de la Iglesia católica: hemos visto a esta *buena y Santa Madre* quemar a Esteban Dolet, por haber pensado conforme a la Academia, o la secta de Platón; y desterrar a Ramus, por haber traducido las obras de este filósofo. El conde José de Maistre, católico de siete suelas, cuyo remedio para toda herejía es la sangre, sostiene y prueba en sus *Veladas de San Petersburgo*, que la eternidad de las máximas del cristianismo puede irse a buscar en la doctrina del fundador de la Academia: he aquí que la Iglesia castiga a sangre y fuego a los que creen en la fuente de sus propias máximas. La filosofía de Aristóteles, como queda dicho, ha sido por mucho tiempo la de la Iglesia. San Jerónimo pone en el infierno a Aristóteles, y por consiguiente a Santo Tomás, aristotélico. El conde José de Maistre hace ver que las máximas del cristianismo, y aun sus dogmas, como el del pecado original, son tomados de la doctrina de Platón: viene un sínodo, esto es, una junta de sombras fatídicas, y pone en el

infierno a Platón: ¡atájame estos pavos! Al infierno todo el mundo, Aristóteles y Santo Tomás, Platón y el obispo Ramus. Si San Jerónimo pone en el infierno a Santo Tomás, por aristotélico, la Iglesia católica tiene la misma pena, por haber profesado el aristotelismo. ¿Y el conde José de Maistre qué castigo tendrá por haber descendido a los infiernos, cual otro Orfeo, y haber sacado de las llamas eternas al fundador de la Academia? El infierno, naturalmente, como infractor de las leyes de un sínodo. Ya tenemos, pues, en el infierno a Aristóteles, Santo Tomás, Platón y el conde José de Maistre: sálvese quien pueda. Al infierno por enemigo de la Iglesia, al infierno por amigo de la Iglesia; al infierno por pagano, al infierno por cristiano; al infierno por judío, al infierno por católico; al infierno por antiguo, al infierno por nuevo y flamante filósofo; y en medio de esta vasta condenación no queda sino el cabo Ordóñez subiendo al cielo con su cara de avestruz y la casaca verde de sus tiempos seculares y sus matrimonios pasmados.

Después de este ligero registro que podrá servir de prolegómeno, rompamos la música, siguiéndole a su señoría ilustrísima por las encrucijadas y los vericuetos de su pastoral, que así se vuelva famosa en los anales eclesiásticos, y le quiten el sueño a Dupanloup, bien como los laureles de Milcíades se lo quitaban a Temístocles.

DEL AYUNO

"En tiempo de cuaresma, dice, la Santa Iglesia hace mayores esfuerzos para desprendernos de las cosas de la tierra, con la saludable mortificación del ayuno."

El ayuno, ¡oh, el ayuno! Esta es la ganga de los clérigos. Si no ayunaran, se enflaquecieran, se murieran de necesidad. Pero como ayunan, véanlos ustedes reventando de gordos. Yo dudo mucho que nadie pueda desprenderlos de la tierra, y menos levantarlos hasta el cielo, a no ser que los pongan a horcajadas en la yegua blanca de Mahoma. *La saludable mortificación del ayuno* les da esa barriga primogénita, esa papada de tres altos, esas mejillas que están echando rosas y claveles. Hay canónigo que es una buena moza; y capellán que, si le da la gana, se casa con el coronel del cuerpo sin más que con peinarse a lo María Estuardo. El cabo Ordóñez pertenece a la categoría de clérigos flacos, galgos temibles que no se engordan con dos raciones por día, porque los pecados hambrientos que habitan sus entrañas lo devo-

ran todo en perjuicio de su estuche. Bien es verdad que el señor obispo no come, sino así por aventura, como cuando tiene hambre y le ponen la mesa. De otro modo él siempre está ayunando. Y aun cuando coma, él ayuna; porque comer tan poco, tan poquito, tan poquitito como él, es lo mismo que no comer. Del capón que le sirven no toma sino la pechuga, los dos alones, la rabadilla y una que otra pierna: lo demás es para su secretario. El carnero no le gusta, como no sea la costilla y el pescuezo: cuando se los dan bien tostados, los suele comer, aunque protestando en su ánimo, que es lo mismo que no comer. Su Ilustrísima es quietista, profesa la doctrina de Madama Guyón, la pazpuerca que causó la ruina del obispo de Cambrai. Importa poco que el cuerpo se entregue al cumplimiento de sus necesidades y apetitos: como el espíritu no tome parte en esos abusos, nada se ha perdido. Mientras el cuerpo está comiendo en su señoría, el alma está ayunando; y no hay cuidado. Así es que come de todo; es decir no come: en estos señores de misa y olla no suceden las cosas de la manera que en los profanos como nosotros. Ellos no comen; no comen sino allá a las nueve de la mañana, y eso unos tres o cuatro huevos estrellados; media libra de carne de res preparada de modo que no perjudique a la salud eterna; y un plato, a lo más, de papas revueltas en caldo gordo, que se están enredando en gruesas hebras de queso, y chocando como buques sin brújula contra unas yemas encendidas y pro-

vocativas. No comen otra cosa los eclesiásticos amigos de sus deberes: por casualidad condescienden con la longaniza cuatro o cinco veces a la semana. La morcilla, ¡puf!, no pasan de una cuarta; y como el chocolate es contra la pudicia, será mucho si toman una taza mediana, contraponiendo el casto queso a las propiedades lujuriantes de ese regalo de Satanás. Si espesan el chocolate con un terremoto de queso, el chocolate queda de pescado; no hace daño a la virtud: ¡chocolate con carne, cosa mala!

Sabido es que la comida de queso es comida de santos: mientras más queso consuma un buen católico, más probabilidades le corren de ganar la gloria eterna. En Francia los devotos de la escuela de Luis Veuillot comen *maigre* los viernes, las témporas y vigilias, esto es, *comen flaco*: en la América española, los que se están criando para bienaventurados comen queso, mucho queso, sin perjuicio de la carne: la bula, los cuatro reales a la Iglesia, les quitan a las viandas sus propiedades lujuriantes, como dijimos arriba. Para rehuir los pecados que provienen de la carne, los inteligentes católicos comen queso. Yo quisiera que para evitar las tentaciones del robo, la envidia, la murmuración, comieran algo. De la mentira no los salva el queso; ni de la calumnia, ni de la codicia, ni de la hipocresía. Para ésta no comen, ni quieren comer nada. Yo le huyo a un comequeso más que al diablo: ése peca a dos ma-

nos, teniendo para sí que el ayuno le salva de todos los castigos a que le vuelven acreedor sus malas obras.

Ayuno . . . yo nunca he comido más y mejor que cuando me han hecho ayunar: condiscípulos míos viven que se acuerdan de esas horribles infracciones que han cometido conmigo el miércoles de ceniza y el viernes santo. Viernes santo fué cuando le hurtamos un capón al cura de Mulaló, dos señores que ya no comen sino pescado, y yo que me he quedado heresiarca. Un batallón que iba de tránsito a Guayaquil había puesto en fuga a todas las gentes de esos contornos, inclusive el párroco: hallamos el capón en el convento sin padre ni madre, ni perro que lo ladre, y lo hicimos nuestro, como quedó enunciado arriba. Pregunto yo si *¿incurrimos* cuando, no teniendo qué comer en un camino, le tomamos un gallo a un cura a título de devolución? El mal no estuvo en el hurto, sino en el viernes santo. Pero yo me escapé del infierno ese día, porque no caté la mala presa. Don Daniel Salvador, Jefe del batallón, que en ese punto llegaba a la venta o *el tambo*, me hizo su convidado; y mis dos amigos, en mesa aparte, se entendieron ellos solos con el hurto. Así es que a cada uno de ellos le debo un pedazo de salvación de alma, por haberse comido el infierno que a mí me correspondía. ¡Capón robado a cura en viernes santo! Tres delitos en uno: a esos demonios se los llevó pateta. Si bien en mi departamento militar no escasearon las viandas;

ni son los soldados los que tienen interés en comer queso para evitar *la ruina de las almas;* como dice el cabo Ordóñez. ¡Y qué de gollerías había traído el coronel en su repostero ambulante! Hasta hígados de ganso comimos ese día; y unos pollos a la quiteña, que realmente fué saludable la mortificación del ayuno con que nos purificamos literatos y militares. Se mueren de cólera los clérigos de que otros lo pasen bien: la buena mesa es su monopolio. Pero si no hay queso ni legumbres en un despoblado, ¿nos hemos de dejar morir de necesidad, por no comer un capón? Si lo hiciéramos adrede para darles con eso a los camanduleros, razón tuvieran éstos de querernos mal; pero si comemos carne en día santo, y hacemos intención de comer pescado, ¿en qué faltamos a los preceptos de nuestra santa madre Iglesia? El príncipe Napoleón es quien no era muy católico, cuando se reunía el viernes santo ex profeso para comer carne de puerco entre varios perillanes de su propia calaña, como el crítico Sainte-Beuve y Alfredo de Musset. Yo le puedo asegurar al señor obispo que no como puerco ni en pascua florida, menos en día grande; y así espero de su misericordia que me dé indulgencia plenaria por el capón de Mulaló.

Los franceses son más observantes que los españoles; ayunan todo el año, pues almuerzan a las doce, y comen a las siete de la noche. Los santos de Sud Amé-

rica, en vía de mortificación, comen peje y se desayunan a las doce. Yo sé decir que no hay plato más suculento y apetitoso que un buen lenguado a la sartén; y que por un escombro bien dispuesto yo doy el tocino que en un año viene de la Confederación Norteamericana. Pues, ¿qué decir de un buen pedazo de salmón de Holanda, asentado en su salsa verde, que parece una esponjada camelia? Los clérigos y los clericales comen todo esto para no irse al infierno. A esta cuenta yo tengo ganada la salud eterna: mi almuerzo suele ser ordinariamente un pescadito de esos tan sabrosos que ese demonio de Peters sabe dar a sus comensales; que cuando por ventura me meto en el Café Inglés, con grave perjuicio de la bolsa, o tiro a la calle de San Honorato a casa de Boisin, no le perdono a la trucha: aquí te cojo y aquí te mato; y váyanse el *roast-beef* para duro, y el *beefs-teack* para grosero. Si con no comer mucha carne está uno en vía de salvación, yo tengo noventa y nueve probabilidades que San Pedro no me dará con la puerta en las narices. ¡Comer las cosas más delicadas y agradables del mundo es hacer penitencia! Así lo piensan los católicos puros, y este principio es la regla de su vida.

En el reino de los quesos hay delicias: un *camembert* maduro, un *roquefort* chispeante, un *stilton* aristocrático, un *chantilly* suavísimo, y por añadidura la salud eterna, ¡quién no ha de ser católico! Mas ya que

no estoy hablando de los devotos de Francia, sino de los allende el mar, no haré mención del *camembert*, *el roquefort* ni *el chantilly*; pero díganme los israelitas de Quito, ¿si hay cosa más fresca, blanca y suave que un *machachi* bien aprensado? ¿Y ellos mismos no andan siempre ofreciendo un ojo de la cara por un queso de Pasto, de esos que parecen toros de Tambillo, por gordos, grandes, bravos y soberbios? ¿Ahora qué decir de un quesito disuelto al fuego, que en intrincados fluecos recibe retorciéndose la espesa miel de Nochebuena, con que el goloso buen cristiano festeja el nacimiento del Salvador del mundo? Gente más hábil y remirada que la quiteña en el uso del queso, no hay en la tierra. ¡Mírenlos cómo parten la tortilla de maíz, caliente, pringante, y abren los brazos media vara, y todavía no se ha cortado la madeja, que da y más da, hasta cuando el dichoso mortal que se halla en ese trance la enlaza con la lengua, y principia a un lado y a otro esa manducación durante la cual no se cambiara con el Schá de Persia! La cosa que más les gusta a los antiguos, es, sin duda, el chocolate, resabio de nuestros buenos padres, de los que durarán mucho todavía entre nosotros. Pues el chocolate no es bueno, si no le ahogan con una lluvia de queso, que cae de entre los dedos cual irritado granizo. Queso en cuaresma, queso en pascuas; queso de mañana, queso de noche; queso en bodas, queso en entierros. ¡Dan la vida, como dicen, por el queso; y lo comen de penitencia! Si

a mí me dan de penitencia que me regale de día y de noche con ayes y suspiros de hermosas, cuente conmigo el señor obispo como con el primer católico de la cristiandad.

No sé cuál va adelante en nuestros clérigos, la insensatez o la ignorancia: el pescado es el alimento más prolífico que puede brindarnos el reino animal: los pueblos del Norte, que se alimentan de pescado, son los más fecundos de la tierra. *La fragua del género humano,* han llamado al Norte los naturalistas; y los clérigos se ahitan de pescado, para no tomar mal siniestro; cuando sería providencia más eficaz ocurrir por una partida de yangüeses que les apagasen la malicia con sus estacas. Así como en la andante caballería suele haber modos de composición para todo, así los buenos católicos tienen modos de composición para todo; pues el pescado es sin perjuicio de la carne. Como digan que no comen carne, piensan que en realidad no la comen; o cuando menos que no *incurren.* Por aquí no ha pasado nadie, dice San Francisco, metiendo la mano en la manga; y tiene para sí que no ha faltado a la verdad. Por aquí no ha pasado nada, dice el obispo, cuando ha hecho desaparecer una gallina: por aquí no ha pasado nada, dice el cura, después de comerse un lomo de ternera. Con meter la mano en la manga, ternera y gallina quedan eliminadas. Secta más sutil que

ésta, y pícaros más acomodadizos entre ellos que los devotos, no hay en el mundo.

Yo comí una vez a una misma mesa con un penitente, un mártir, de esos que no comen para bien de su alma. Su esposa, señora advertida, le iba metiendo los platos por el codo, como quien no dice nada; él, calladito, los tiraba adelante, y los despabilaba con admirable disposición. Qué suerte la mía, decía, he de morir de necesidad en medio de la abundancia. En otros los males llegan a la vejez; ¡pero yo . . . ! y venga el plato de retaguardia. "No hay cosa que más envidie que un buen apetito: dicen que el placer del comer es uno de los mayores: esto debe de ser con los que tienen hambre."

"Come algo, hijo", murmuraba mansamente la señora.

"¿Comer? . . . ¿no me conoces? ¿comer yo?"

Y come que come el santo quemado. Yo estaba reventando de ira: ¿cómo le doy en la cabeza a este bribón?

"El estómago que Dios me ha dado: ah estómago." Y traga y más traga.

¡Hay en Quito postres como el paraíso!, el mejor, para días señalados, ese manjar de los dioses que llaman *rosero*. Vino una fuente profunda de cristal, de flores y orillas de oro: por tras las paredes estaban provocando esos granos blancos, esponjados, reventa-

dos como jazmines. Las hojas de naranjo, la cáscara de naranjilla nadaban a modo de peces en un mar fantástico, destinados para regalo de las Musas. Yo hubiera admitido dos porciones, no lo niego: el devoto, cuando su amable esposa le hubo puesto por delante su ración en puro y transparente vaso: "Para qué pues, hija, preguntó; ¿no sabes que mi bendito estómago no admite el maíz?"

¡Y digan que no hay ocasiones de hacer una muerte! Yo me hube de limitar a responder con cólera reprimida: ¿Y el *mote* y el *tostado* de Chillo?

Mucho después llegué a saber que su suegro, varón de gran respeto, que daba por mí sus pedazos, había tenido que encerrarlo esa noche, para que no fuera a matarme en mi casa. Estos son los ayunadores y vigilantes.

Entre los indios orientales, en la religión de Budso, no hay acción más meritoria ni acto de virtud más sublime, que morir el hombre asido al rabo de una vaca. El moribundo que tiene fuerza y voluntad para cogerse del dicho rabo, y es harto feliz para no soltarlo ni después de muerto, se va derecho al lado de sus dioses. Entre el rabo de vaca de los indios orientales y el pescado seco de los indios occidentales, ¿qué diferencia hay? Los unos piensan que con abalanzarse al rabo de una vaca se insinúan con su Dios; los otros tienen creído que con comer pescado el viernes labran para

la gloria. Y no hay que decirles nada a nuestros clérigos, porque ahí está el infierno. "La verdad", dicen: ellos gozan del monopolio de la verdad. Los indios asiáticos dicen también que ellos poseen la verdad exclusivamente. Los mahometanos, ellos son dueños de la verdad: los judíos, no la ceden a ninguna otra secta. Y entre tanto la verdad, gran ser invisible, no se revela ni se muestra sino al filósofo, el pensador, el sabio, el que a fuerza de virtud y pureza de alma se pone en contacto con la Divinidad, dilata la vista por las oscuridades eternas de la creación, y adivina tal cual secreto del universo.

LA FE VIVA

Oigamos luego otra verdad en boca de uno que no gusta de ella. "Nuestros mayores, dice el ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez, arzobispo de Quito, en tiempos mejores que los nuestros, no tenían que lamentar sino los pecados en que la malicia y la fragilidad humana los habían hecho caer; y como conservaban viva la fe, se volvían a Dios de veras, su arrepentimiento era sincero y su conversión verdadera."

Esta es otra especie de quietismo: como la fe se conserve viva, los pecados en que nos hacen caer la malicia y la fragilidad humana importan poco: ahí está la cuaresma; y con almorzar a las doce del día y comer a las siete de la noche, quedamos lavados y limpios como en la pila bautismal. Las fragilidades de la carne se componen con el pescado; y las picardihuelas clericales con el rabo de vaca. Bien dije que no había cosa más acomodadiza que un católico puro: la fe le sirve de pasaporte y carta de recomendación para con casadas y solteras, viejas y jóvenes, blancas y cuarteronas.

Sabe que la cuaresma viene atrás, y sigue adelante en *los pecados de la malicia.* Pero esto sucedía, según parece, "en tiempos mejores que los nuestros", y que nuestros mayores nos llevan en cuarta y quinta. El maldito uso del café y el alcanfor de moda nos han echado a perder. Mas no tenga cuidado su ilustrísima, que ya vamos a comer pescado, mucho pescado, y tomar chocolate, para no quedarnos atrás de nuestros padres, esos chapetones barbinegros, quienes, dicen, conservaban viva la fe en ellos mismos: la innumerable falange de mulatos, que nos dejaron en las ciudades marítimas, y de mestizos o *cholos* en las alturas, es prueba fehaciente de que ellos valían más que nosotros. Pero no se queje tanto el señor obispo, porque en fin ahora también algo se hace: si él anda escaso de negritos, es porque no le alcanzan las fuerzas, y porque el otro llega a tiempo . . . Sin ese hereje del español Bautista, quizá no tuviera tanto que llorar el ilustrísimo señor. Tenga reglas para todo: no se deje coger, ni sea zoquete: ¿acaso porque él sale mal, todos andamos así tan desdichados? Y si piensa que de veras vamos decayendo, anímenos con una buena pastoral; que para algo hemos de ser sus hijos; y mándenos por el mundo en busca de las aventuras, renovando el precepto del señor: Creced y multiplicaos. *Replete terram.*

¡Habráse visto clérigo que se pone a lamentarse de que hubiesen disminuído en nuestros tiempos los pecados de la malicia y la fragilidad humana en detrimento de la fe! ¿De suerte que la fe no puede permanecer viva sino entre desmedidos pecadores? Pues yo prefiero ser un tanto incrédulo, y guardar cierta continencia y castidad que me conserven la salud y no me desquicien las facultades intelectuales. Demás de esto, me parece que su señoría incurre en una contradicción: empieza por comer queso y pescado, por guardarse de las tentaciones de la malicia; y luego se pone a llorar muy de veras, porque hemos desmerecido de nuestros mayores, quienes cometían, dice, muchos pecados en el reino de la fragilidad humana. Ciertamente el señor obispo no debe perdonarles a *los españoles* del día el que que no le hubieran dado tiempo de hacer ver al mundo que él era digno de Gonzalo Pizarro, y aun de don Francisco; de Quesada y Fredermánn, de Soto y Valdivia, quienes han dejado el suelo de América infestado de semicastellanos y semiaragoneses. Pero consuélese su señoría, y pídale al santo de su devoción, y tome chocolate, y abra la mano, y verá si hoy también no conservamos viva la fe, y si la Santa Malicia no está contenta de nuestras obras de misericordia. Pero si a título de buen mozo quiere estar bien con *la fragilidad* humana, no le arriendo la ganancia. Lo barato sale caro, señor don Ignacio: por no allanar las dificultades previamente con cuatro pesos, tendrá

quizá que aflojar sesenta mil francos. Escarbó el gallo y descubrió el cuchillo: el hombre tonto será siempre el verdugo de sí mismo. ¿Quién le metió a recomendarse a los anticlericales de París que están al corriente de lo que les pasa a todos los obispos del mundo? El, según su propia naturaleza, era muy capaz de hacer lo que ha hecho conmigo: los rasgos físicos que el conde José de Maistre ha señalado en Voltaire, están todos en la cara y la cabeza de ese clérigo. Para los filósofos ésta es una recomendación; pero yo lo recomiendo ahora a los católicos, para que en la primera oportunidad le levanten una estatua "por mano del verdugo".

Los librepensadores me van a tomar en contradicción, pues a un tonto no le es dado brillar por los perfiles característicos del rey de la Enciclopedia. Mas yo respondo que ese es Voltaire de yeso, sin el organismo interior, la fibra exquisita, ni las facultades intelectuales y morales de aquel sublime impío: si ahora le hago al escriba Ignacio Ordóñez parecido a Voltaire, no es sino para que el conde José de Maistre lo ponga en la picota, y los católicos puros vayan a colgarse de sus pies. Ahora ved si el conde don José ha mentido: "Id, contemplad esa cabeza en el palacio de la Ermita: en esa cara está escrito el anatema de Dios: la frente abyecta, nunca enrojecida por el pudor; los ojos, que todavía parecen chispear de odio y lujuria; la boca . . . digo mal, ese *rictus* espantoso que corre de una a otra

oreja: esos labios comprimidos por la malicia, siempre prontos a desatarse en *mentiras* y *anatemas*. ¡Oh, no me habléis de este hombre!"

El autor de las *Veladas de San Petersburgo* vió en una pesadilla a Ignacio Ordóñez, obispo de Quito, y trazó al otro día por la mañana su retrato de Voltaire.

Ahora falta averiguar si el sabio pastor no ha dicho un disparate y medio, cuando ha sentado el principio de que nuestros mayores, esto es los españoles, no cometían otros delitos que esos tan dulces de la carne, a pesar del queso y el pescado: ¿y la Inquisición, amigo Ordóñez? ¿Acaso se tiraban a las llamas a los que conservaban viva la fe? Poca fe habrá habido *en esos tiempos mejores que los nuestros,* cuando las dos terceras partes de los cristianos han perecido en las llamas, por herejes, brujos, masones y judíos. Si es verdad que nuestros mayores conservaban viva la fe, como afirma el ilustrísimo señor arzobispo de Quito, el padre Torquemada, Inquisidor mayor, fué ocho mil veces inicuo y ocho mil veces asesino, puesto que hizo quemar ocho mil personas durante los años de su derecho de vida y muerte sobre los españoles. No contento con estos ocho mil sacrificios humanos, hizo también quemar seis mil cadáveres, habiéndolos juzgado y condenado en lo muerto. Y estas, estas hienas, se admiran de que en Méjico se hubiesen sacrificado hombres a los

dioses. Los que no ven triunfante su religión mientras no han llevado la muerte a la tumba misma, en su conciencia no deben de tenerse por los más inocentes y bondadosos de los hombres. Desenterrar los difuntos para castigarlos con el fuego, no lo hicieron los judíos ni los paganos. Y la fe viva de nuestros padres, no sé en dónde me la irá a hallar el cabo Ordóñez, supuesto que para Torquemada solamente hubo más de ocho mil hombres vivos incrédulos, y más de seis mil difuntos herejes. Ahora, ahora es cuando los tiempos son mejores; pues aun cuando no faltan inquisidores de inclinación y pasión, las leyes ni las costumbres toleran se queme ni descuartice, a este hombre por sabio descubridor: a esa pobre mujer por hechicera: al otro virtuoso capellán por pacto con el diablo y por endemoniador de monjas. Tengo yo creído que es desgracia menor perecer en la hoguera santamente, como Urbano Grandier, el puro sacerdote, que estar predicando fuego y sangre, como el impuro Ignacio Ordóñez. El uno pone orejas de mercader a más de veinte mujeres de Putifar, el otro se va suelto tras la . . . santa cuaresma.

Si el aguijón de amor pica,
Excusado es poner tregua:
Va el caballo tras la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando.

Me harán notar quizá que ya dije esto, aplicándolo al otro Ignacio; pero si vuelve a salir bien, ¿yo qué

culpa tengo? Hay tantas conexiones entre estos dos Ignacios, que las cosas del uno le cuadran maravillosamente al otro. Y aun por eso Ignacio Veintemilla, cuando veía acercarse el fin de su nefanda vida pública, como venganza anticipada contra los liberales, decía: "Pero no saben que les he de dejar a Ordóñez." Nos dejó a Ordóñez el Mudo, y se vengó cruelmente. Este Ordóñez es venganza, negra venganza: es odio, amenaza, calamidad para un pueblo desgraciado que no sabe todavía poner las cosas en su punto y hace la cruz a los que le enseñan y le ilustran.

LA FE EN LA ALDEA

"¿Por qué la palabra del sacerdote es tan poderosa en los campos, donde la escuchan los pobres y los sencillos? Los pobres y los sencillos tienen la dicha imponderable de conservar viva la fe."

Luego su señoría ilustrísima, que no es ni pobre ni sencillo, no conserva viva la fe. No es pobre, puesto que en su país le llaman *burro de oro;* no es sencillo, puesto que es clérigo de hacha y machete, y tonto de siete suelas; y no conserva viva la fe, puesto que no es gente del campo. Dijo también ahora poco que las inteligencias, hoy en el día, tenían una misteriosa propensión al error, y que caían en él sin remedio. He aquí el talento anatematizado, y la tontera triunfante en el reino de la Iglesia. Para no irse uno a los infiernos con caballo y todo, es preciso ser un asno: el señor obispo lo ha dicho. Si el cielo es ganga de tontos, amigo Ordóñez, ya puede usted buscar sus compañeros entre los que aspiran a morir asidos al rabo de una vaca. Los pobres y los sencillos del campo son los indios:

¿vamos a ver los efectos que *la poderosa palabra* del sacerdote produce en esos inocentes? A confesión, le llevan amarrado al indio; y cuando le han confesado, el cura le quita un real. Si falta a *la doctrina*, le dan azotes: ¡qué triunfo de oradores sagrados! En las aldeas, dice su señoría ilustrísima, la palabra del sacerdote es poderosa: lo bueno fuera que ella pudiera algo en las ciudades, donde viven los inteligentes y los cultos. El se quiere ir a donde nadie le entienda, para que triunfe la religión entre yeguas y carneros. Ah, ya caigo . . .

> Y por tantas variedades
> Es bien que se entienda y crea
> Que el amor se fué a la aldea,
> Huyendo de las ciudades.

Se bota su señoría a la aldea tras el amor, ¿no es así? Como en París salió tan mal, les ha cogido tirria a las ciudades: más le gusta la gente pobre y sencilla de las aldeas, donde las palabras del sacerdote, y más las manos, son tan poderosas. Efectivamente, dicen que con la gente pobre y sencilla del campo toda la dificultad está en echarles el guante; que una vez en las garras del poderoso sacerdote, la fe hace lo demás. ¿Esta será la fe de la carbonera, señor obispo? La de *la cocinera* no había sido tan ciega; y no fueron tan poderosas que digamos vuestras predicaciones, hombre de poca fe.

RUINA DE LAS ALMAS

"Las almas se arruinan, porque la fe se ha perdido."

Grandilocuencia eclesiástica: trozo éste que hubiera servido a Longino para su Tratado del sublime. ¡Sólo Dios es grande, hermanos míos! grita de repente Massillon en presencia de los reyes y los grandes de la tierra; y un cadáver de persona real, polvo y ceniza, está allí certificando las palabras del orador. Sólo Dios es grande: el gran rey, el rey soberbio, está temblando al oír esto; porque sabe que los gusanos que están naciendo ya en las entrañas de la princesa muerta allí a sus pies, no tardarán en ganar sus propios miembros. Los filósofos y moralistas que tienen la cabeza en las nubes y el corazón en la gloria, con dos palabras humillan y confunden, levantan y confortan. Los pobres diablos a quienes esa ramera caprichosa que se llama fortuna, saca de la nada y pone arriba, sin comunicarles talento ni virtud, de las mejores ocasiones no se sirven sino en daño propio. "Las almas se arruinan, porque la fe se ha perdido." ¿Se ha perdido, como se

pierde un caballo, como se pierde una paila? Si se ha perdido, ¿por qué no la hace pregonar? La fe no se ha perdido en ese país, supuesto que el obispo, invocándola, levanta una manga de pueblo, la enfurece, y la echa sobre *sus hijos, sus hermanos.*

La fe se pierde y las almas que se arruinan, todo es desdicha. Pobres almas, arruinadas . . . Los malos negocios, señor obispo: usted que los hace buenos, tiene su alma en plena prosperidad; aunque hemos oído por acá que ella está algo cuarteada; y que por entre sus grietas ocultas brotan y crecen ortigas, bledos y otras malas hierbas.

"Tenemos aspecto de vivos, pero, venerables Hermanos y Queridos hijos, a los ojos de Dios muchos de nosotros estamos verdaderamente muertos."

¡Qué no diera yo porque el señor obispo estuviera ahora diciendo la verdad, aun cuando fuera de errada! Pero aun esto debe de ser falso, pues dicen que los difuntos no muerden, y esa clerigalla no hace sino morder. Como me prueben la dulce proposición de que muchos de ellos están muertos, yo cedo los *Siete Tratados* y las *Catilinarias* para misas. Tal vez estarán muertos: esa pestilencia que sale de ellos es mala seña. Yo no me meto con difuntos, porque no soy Don Juan Tenorio ni Don Félix de Montemar y menos con difuntos tan

deslenguados y tontos; y así pasemos a otra cosa, tú y yo, lector, si no te ves hastiado de estos ruines asuntos. ¿Mas no pasaremos sin preguntarle al señor obispo desde cuándo está muerto? ¿Si fué en sotana viva, o en mortaja, o en camisa el modo como le ocurrió *la dulce sorpresa* de marras? Si fué en camisa, el cocinero le ha de haber dado en lo limpio, aun cuando él estuviese gritando que estaba muerto; y me alegro mucho. Cuando se muera otra vez, amigo, no sea usted tonto con p; muérase de modo que no le duelan los zurriagazos que le den: morirse para quedar más expuesto a los golpes, y mucho más delicado, es una majadería.

MALAS SEÑALES

"¿Queréis saber cuáles son las señales de la pérdida de la fe? dice el obispo muerto: Esa sed, esa ansia de los bienes puramente temporales: ese deseo, esa inquietud por alcanzarlos: ese desconsuelo, esa desesperación una vez perdidos, ved ahí una señal de que se ha apagado la fe."

Con esta señal, derechito nos vamos a los que han perdido la fe. "Esa sed, esa ansia de los bienes temporales": el obispo. "Ese deseo, esa inquietud por alcanzarlos": el clérigo suelto. "Ese desconsuelo, esa desesperación una vez perdidos": el cura. Vuélenle al cura de su parroquia, y ahí está la seña: ése no tiene fe. La fe, entre ningún género de gentes está más perdida que entre los católicos; ¿pues quiénes si no éstos se hallan devorados por esa sed de bienes puramente temporales?; ¿quiénes más que ellos viven deseosos de alcanzarlos, y padecen la inquietud de la codicia? Y si ellos son justamente los que han perdido la fe y tienen *el alma arruinada,* no alcanzo de qué

modo puedan embestir a los que cultivan sus creencias conformes con la filosofía, y no muy apartadas quizá de los preceptos de la religión. *Nemo dat quod non habet*: si el señor obispo confiesa que ha perdido la fe, y declara que está muerto, yo no sé cómo va a despertarla en pechos ajenos y a darnos vida sobrenatural con sus pláticas de ultratumba. Por vivo y santo que sea su dolor, no creeremos a ojo cerrado en sus buenas obras; porque sabemos por Petronio, el antiguo poeta latino, que la viuda apasionada que, fingiéndose muerta, se hizo encerrar en el sepulcro de su marido, a poco andar salió a casarse con el sepulturero, por haber sido su mujer al lado del adorado difunto. Ese obispo muerto no me infunde confianza: ¿quién sabe lo que estará haciendo en la sepultura? Bien es que, como los muertos no comen, allí no debe de haber cocineras. Pero la fe perdida y el alma arruinada, según él mismo lo ha confesado con loable franqueza, son capaces de todo; y a falta de cocinera, su señoría ilustrísima se ha de entender con la sepultura. Busca-la-vida activísimo, *cascarillero* infatigable, usurero endemoniado, pasó de la cebada al trigo, atesoró, se acaudaló, y ya era tiempo de ponerse a mandar a los infiernos a los que se van tras los bienes temporales. ¡La señal, padre Ordóñez, la señal!

EL TEATRO

"El teatro causa lamentable daño en las buenas costumbres, y por esto no concurren jamás a él quienes saben apreciar en lo que valen la virtud y la inocencia."

Marco Tulio Cicerón dijo de la comedia: *Est imitatio vitae, speculum consuetudinis, imago veritatis.* Y Andrés Rey de Artieda, poeta católico, apostólico, romano, interpretó de este modo las palabras del orador antiguo:

Es la comedia espejo de la vida;
Su fin mostrar los vicios y virtudes,
Para vivir con orden y medida.

Edipo, acrisolado por el dolor, da un sublime ejemplo de virtud, se connaturaliza con la Divinidad y, desvanecido milagrosamente, sube al cielo en medio de la grandiosa escena imaginada por el poeta. Ni Sófocles, ni los griegos, inventores del teatro, lo cultivaron como causa de daño de las buenas costumbres, ni concurrieron a él por deleitarse en escenas indignas de la majestad del hombre. Crímenes y vicios han sido en todo

tiempo castigados en el teatro; y las grandes virtudes encarnadas en caracteres trágicos, han servido de admiración y ejemplo al género humano. La soberbia en Ayax; el adulterio en Clitemnestra; el incesto en Fedra, en el teatro han sido castigados. Antígona por el amor filial; Andrómaca por el conyugal; Hipólito por la continencia y el pudor, en el teatro han recibido la recompensa, y la están recibiendo ha ya cuarenta siglos. Ahora mismo, ahora, el libertinaje y la impiedad en don Juan Tenorio; la hipocresía en Tartufo; la avaricia en Harpagón, en el teatro son escarnecidos; y de la ruina de estos abominables defectos van levantándose las virtudes sus contrarias. Racine, el poeta cristiano, imaginó su Athalía; y en el templo de Salomón desenvolvió la idea de esa composición prodigiosa. He allí, pues, el templo de Salomón, ¡el templo, el templo! sirviendo de lupanar donde se pierde la inocencia y se estragan las costumbres, según el parecer de un obispo católico.

No es su parecer; no es más que su ignorancia: lego atrevido y grosero, cae en impiedad, por falta de conocimientos históricos y literarios, y calumnia a los varones ínclitos que están gozando del respeto del género humano a lo largo de los tiempos. Napoleón decía, aun cuando esta sea la segunda vez que hago este recuerdo, que si Corneille hubiera vivido en su época, le hubiera hecho príncipe, porque él hacía grandes

hombres con sus obras. Una tragedia de Corneille en el teatro es un curso práctico de grandeza de alma y rectitud moral: así como Edipo se desvanece a los ojos de los espectadores y sube al cielo, así los caracteres sublimes y los grandes méritos del hombre toman cuerpo en los héroes de los poetas insignes. El teatro es escuela de virtudes: después de una buena pieza trágica, el que la ha presenciado, se siente, si es posible, superior a sí mismo, y capaz de cosas mayores que cuando no la había visto. Amor, valor, abnegación, generosidad, sacrificio, en el teatro hay que ir a buscar, cuando por desgracia no los hallamos en el mundo real. El poeta que sabe su deber, el gran poeta, el poeta verdadero, siempre tiene un fin moral elevadísimo en sus composiciones: los dramas y las comedias vulgares son la plebe, la canalla del teatro; y es sabido que no en los barrios más pobres, desaseados y oscuros es donde hemos de ir a buscar la pulcritud y las graciosas maneras de la gente culta. Un pobre clérigo que juzga del teatro por los títeres que él ha visto, y quizá ha movido él mismo en su vida de Maese Pedro, no puede alzar la voz contra la forma más bella de la inteligencia, y el solaz más útil y fecundo que hayan acostumbrado los pueblos civilizados. Cuando así manifiesta su ignorancia de la literatura moderna, la literatura española, que es la nuestra, ¿ha de haber tenido noticia de las palabras de Cicerón respecto del teatro? Casi todos los poetas cómicos y dramáticos de

España han sido eclesiásticos: Lope de Vega, Moreto, Tirso de Molina; y ¡Calderón! el gran Calderón de la Barca que pasó la vida en componer *Autos sacramentales* para el teatro. Ahora mismo los católicos más intransigentes de España; esos que no dan cuartel a los liberales, son los que han compuesto las mejores comedias de nuestros días. Don Manuel Tamayo y Baus, su célebre drama *La Comedia nueva*; don Aurelio Fernández Guerra, su no menos renombrado *Alonso Cano*; y don Marcelino Menéndez y Pelayo, católico por excelencia, no ha tenido por impiedad volver al castellano los dramas de Shakespeare.

Falta por otra parte, a la verdad el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Ordóñez cuando afirma que no concurren jamás al teatro los que saben apreciar en lo que valen la virtud y la inocencia. Testas coronadas, jóvenes princesas asisten por costumbre a los teatros. En la Grande Opera de París conocí a Doña Eugenia, condesa de Teba, emperatriz de Francia, católica, apostólica, romana, y tenida por clérigos y clericales como dechado de piedad. La emperatriz no faltaba a la misa, pero no faltaba tampoco al teatro; y el arzobispo de París nunca la insultó brutalmente con decir que las personas que saben apreciar en lo que valen la virtud y la inocencia, no concurren jamás a él. En el teatro del Príncipe conocí en Madrid a las Infantas de España; y no dirá el obispo bárbaro que

esas preciosas niñas no aprecian la virtud y la inocencia. Doña Paz no se hubiera casado ahora poco tan a su gusto, si el novio afortunado, ese chico de sangre real, le hubiera creído al negro Ordóñez. Las señoras, las grandes señoras de París, la nobleza del barrio de San Germán, conservadoras, realistas y devotas, tienen palcos en propiedad en los teatro principales: sus hijas, de los catorce años para arriba, así como bajan el traje, como nosotros decimos, están allí a su lado. En la *Comedia Francesa*, los martes de todo el año, se puede conocer a la aristocracia femenina, y ver las más lindas criaturas que da de sí la especie humana. Una noche, estando en escena *El matrimonio de Fígaro,* de Beaumarchais, en un entreacto donde reinaba profundo silencio, se levantó de repente de la primera galería una carcajada tan alta, pura, argentina y armoniosa, que el concurso rompió en un aplauso inmoderado, como después de un *solo* de la Krauss, o de una escena de Sarah Bernhardt en *Fedora*. Era una niña, la hija del general Canrobert, me parece, que se aprovechaba de ese vasto silencio para llenar la sala de sus gorgoritos. Y diga el padre Ordóñez que jamás concurren al teatro los que saben apreciar la virtud y la inocencia. Nadie ignora que en Roma está uno de los más célebres teatros de Europa, *el Apolo*; y que nunca se le ocurrió al papa, cuando fué soberano temporal, prohibir el teatro en sus Estado. Si León XIII no concurre a las repre-

sentaciones teatrales, es porque no le da la gana; pero algo entenderán de teatro y de bailarinas los clérigos, cuando el cardenal Lambruschini, mirando en el balcón del Quirinal a Pío nono, el día que éste salió electo, exclamó: *Ecco la Cerrito.*

LOS MALOS LIBROS

"Los malos libros, dice su señoría ilustrísima, nos ponen en sociedad íntima con la gente más ruin, nos hacen intervenir en escenas inmorales."

Confiesa, hijo, confiesa tu pecado: ¿cuántas veces? Los periódicos de París no hablaron sino de una: si no es más que eso, yo te absuelvo; pero no lo vuelvas a hacer. Te doy por penitencia que te frotes el cuerpo con excremento de vaca: si a mano viene, cuélgate al rabo; que éste es el modo de subir al cielo, en personas tan ilustradas como tú. Cuando haya pasado la cuaresma, la santa cuaresma, puedes volver a la carga, e intervenir de nuevo en escenas inmortales. Excremento de vaca no le falta a la agricultura, ni cuaresmas a los anales eclesiásticos. No vayan ustedes a pensar que esa unción y frotamiento es cosa mía: es uno de los puntos principales de la religión de Buda, o el budismo, que tan estrechas conexiones tiene con el catolicismo.

"Los malos libros nos hacen tomar parte en proyectos detestables."

Proyectista, ¿eh? clérigo proyectista. Venga acá el señor obispo, y entre nos, díganos ¿cuáles fueron los libros que le hicieron tomar parte en el proyecto detestable que le llevó a la cocina aquí en París? ¡Picaruelo, oiga! ¿conque es de los que leen el *Foblás*? Este es ya pecado más grave: el excremento de vaca no es suficiente. Se ha de frotar el cuerpo con el dicho artículo, y la cara con lo mejor que halle en el *Memorial de agravios comunes* de Monipodio, donde reza: "Clavazón de sambenitos, cuchilladas de catorce puntos, publicación de libelos, untos de miera en la casa."

"Los malos libros nos inspiran interés por el crimen, nos infunden simpatía por el vicio."

Simpático es el obispo; simpático para el vicio. Si no pasa de simpatía, el brazo de la ley no le alcanza. El interés por el crimen, eso ya viene a ser más serio. El interés que tomó por la perpetuidad de Ignacio Veintemilla, mandándole ofrecer que en el Azuay lo sostendría a todo trance, ése es interés por el crimen. El excremento de vaca y el unto de miera en la casa no son suficientes para pecado tan gordo. Cuando se haya untado la cara, ha de abrir la boca, haciendo un horrible gesto, ha de decir: ¡Miau!

LA NOVELA

"¿Quiénes son si no los héroes de las novelas? ¿Quiénes si no los adúlteros, los ladrones y los asesinos?"

Los periódicos de París no dijeron tanto: más duro ha sido su señoría consigo mismo que los enemigos de la Iglesia. Hay un recargo de colores en ese retrato: no, el artista no es ladrón ni asesino: adúltero, tampoco, aunque *la cocinera* fué casada. Pero como se le fué la albarda a la barriga, no hubo adulterio, ni pecado, ni mala intención, ni alforja. Siento decirle al señor obispo que, en ese concepto, él no puede ser héroe de novela; a menos que no tenga a bien confiarnos algunas otras aventuras de más condumio y consecuencia. ¿Qué libros, qué novelas habrá leído este desventurado eclesiástico? ¿Echaría así con tontera y todo esa negra calumnia a los mártires, los santos, los sabios que son héroes de novelas, si tuviera alguna noticia de lo que son obras morales e instructivas? Desde *Matilde, o las Cruzadas*, las novelas están llenas de perso-

najes de alta virtud, de grandes ejemplares de moral y caridad. San Carlos Borromeo, héroe de *Los novios*, novela de Manzoni, no es adúltero, ladrón ni asesino: arzobispo de Milán, se aprovecha de una horrenda peste para levantarse al cielo sobre las obras de misericordia: lleva unturas, paños limpios, suaves pociones a los enfermos; pan, agua, vino a los convalecientes. Anda de casa en casa, de puerta en puerta, entra a todas partes, y sirve de madre, criado y sacerdote a un mismo tiempo. Sirve de algo más: como las dos terceras partes de la población han desaparecido, ya no hay quien lleve los muertos al cementerio: él los lleva en sus hombros. Alto, pálido, pero fuerte mientras dura la necesidad de sus fuerzas, se echa su difunto encima, y se va por esas calles, y llega al cementerio, y deposita su carga en la zanja común. Ya vuelve el ladrón, ya vuelve el asesino: mirad cómo se roba esa niña de cuatro años de esa casa sin padres: a otro lado está tirado un niño por el suelo: se lo roba también: el uno debajo de un brazo, el otro debajo del otro, se va el ladrón, y echando gruesas lágrimas de sus ojos, los entierra, y vuelve por otro hurto a la ciudad. Los perros no le ladran, porque han muerto de hambre, y los que viven no tienen alientos sino para mirarle dulcemente y mover la cola en señal de respeto y amor. Ha salvado Borromeo a los pocos que quedan con vida, a fuerza de cuidados y vigilias: ha dado de comer a los que morían de necesidad, de beber a los que mo-

rían de sed: ha exhortado a los moribundos, los ha absuelto, y cuando no ha podido salvarles la vida, se los ha robado para matarlos en el cementerio. Este asesino es figura tan elevada, tan grandiosa en una novela, que cae uno de rodillas ante esa personificación sublime de la caridad y la fraternidad humana. No, San Carlos Borromeo no es ladrón, adúltero ni asesino; es santo por las virtudes, y héroe de una novela: novela que sólo a la noticia de un bárbaro oscuro, difamador por ignorancia y por maldad, no ha llegado. ¿Y el padre Cristóbal? ¡Oh santo fraile! ¿pensaría allá en su siglo y en su novela que un clérigo de un país de los Andes, un negro obispo, le había de poner en la categoría de los adúlteros, los ladrones y los asesinos?

El héroe de la novela de Goldsmith, traducida a todas las lenguas moderna, es un eclesiástico: mal amigo, mal hermano, mal compañero este Ignacio Ordóñez, y mal hombre, oh sí, mal hombre: ¡llamarle adúltero al Vicario de Wakefield, ese pastor de costumbres tan puras y ejemplares! ¿Qué adulterios cometió, qué robos hizo, qué asesinatos el Vicario de Wakefield? Al contrario, es bueno, humano, generoso; sabe sufrir y perdonar: sabe perdonar, esta ciencia de las almas iluminadas por los ojos de Dios. Su hija se le va; su querida Olivia huye con un hombre: Olivia, la alegría de su hogar, la esperanza de su casa.

Todos los parientes están furiosos, todos quieren abandonarla a su negra suerte, y de hecho la abandonan. Olivia está ya olvidada: el desprecio, el orgullo fingen ese olvido, que no es sino silencio doloroso. El Vicario toma un día su bordón y se va por los caminos: llegando a pedir posada en una venta de un país lejano, sabe que allí encima, en el primer piso, está una mujer enferma a quien van a poner en la calle, porque hace unos días no paga el pedazo de pan que come. El viajero, como es hombre caritativo, sube al cuarto de la enferma. ¡Olivia! Es Olivia abandonada por su seductor, muerta de hambre y de vergüenza, desnuda y enferma. Si el pastor había salido en busca de esa oveja descarriada, ¿cómo no la había de volver al aprisco? La estrecha contra su corazón, llora sobre ella, la perdona, la bendice y se la lleva a su casa. Olivia, la huída, la descarriada, fué ejemplo de honestidad en adelante, y báculo de sus ancianos padres.

El Vicario de Wakefield, héroe de una novela, no es adúltero, ladrón ni asesino. ¿Pero qué sabe de estas cosas ese clérigo bárbaro de mi tierra? El piensa que la novela es cosa del diablo, y la prohibe, como perjudicial, dice, a las buenas costumbres. El cardenal Wiseman no pensaba lo propio; y como sabía que la novela es el terreno donde campean los grandes caracteres y donde se ponen en juego las virtudes, escribió

Fabiola. El sabio Cardenal, en toda su sabiduría, no alcanzó que un obispo de esos mundos sin luz le había de tener por un padre de casa de mancebía, y por encubridor de ladrones y rufianos. ¿Y el padre Aubry, el gran padre Aubry? Viéndole estoy a ese austero religioso en la novela de Chateaubriand el católico: cual otro San Carlos Borromeo, toma en sus brazos el cadáver insepulto, y lo desciende a la fosa, encomendando a Dios a la joven catecúmena muerta de amor y honestidad. Las novelas de Fernán Caballero, obra de una mujer, todas tienen un fin moral: en cada una de ellas triunfa una virtud o es castigado un vicio. La inmortal novela de Bernardino de Saint-Pierre es lectura de niños; Pablo y Virginia se aman sin malicia, no roban nada ni matan a nadie, y dan ejemplo de obediencia y sumisión a sus padres, aceptando la ausencia a costa de la vida. Aun entre las novelas francesas del día, *esta monserga atroz* que yo mismo he condenado con indignación en mis *Siete Tratados;* aun entre las quinientas novelas que se publican en Francia cada año, hay cinco, dicen, buenas y obras maestras. La última de éstas, del célebre dramaturgo Ludovico Halevy, tiene también un clérigo por héroe, el bueno, el benigno *Abad Constantino*, que está lejos de ser adúltero ni ladrón como dice el obispo Ordóñez. El abad de San Mauricio, en una de las más terribles invenciones de Byron, es héroe de un poema novelesco, ¡y qué fraile ése! Comparece apenas en el escenario,

para el desenlace del drama, y se queda estampado para toda la vida en la memoria del lector. Ahora los héroes de "El Monasticón o Ulrico el presbítero", ¿son o no grandes personajes? A Ulrico le está consumiendo una oculta pasión, es verdad; pero se tira a la batalla y olvida su amor fatal con muerte heroica, muerte por la patria. Y Pelayo, y esos venerables monjes que por allí están haciendo su papel en la novela de Herculano, ¿son adúlteros, ladrones y asesinos en el concepto del obispo Ordóñez? Hermengarda, Hermentruda, santas mujeres que os dejáis cortar el rostro y mutilar horriblemente para poner en la fealdad a salvo la honestidad; Hermengarda, Hermentruda, venid con vuestras hermanas, y preguntad a vuestro calumniador ¿si por adúlteras ganasteis la palma del martirio en vuestra gran novela? Seguro está que ese pobre diablo de clérigo haya tenido conocimiento de ninguna de las obras a que aludo ahora, con ser que sus héroes son todos eclesiásticos, o poco menos. Le cito héroes eclesiásticos, con segunda intención; que si se tratara de méritos y virtudes solamente, triunfos del bien y castigos del mal en personajes seculares, las novelas que le metiera yo por los ojos a ese ignorante, no tendrían cuenta.

Las muy pocas novelas cuyos héroes son ladrones, son tan clásicas, tan célebres en el mundo literario, que no sé cómo podamos prescindir de ellas en don-

de leemos y escribimos lengua castellana. El que no ha leído el *Gil Blas* no merece sacramentos; y el que no tiene noticia de *Lazarillo de Tormes*, no sabe lo que son primores del bien decir. ¿Qué hará don Diego Hurtado de Mendoza cuando sepa allá en el cielo que un moniganso por ahí le ha puesto en el infierno, por corruptor de las costumbres? Si el héroe de la novela es un adúltero, un ladrón o un asesino, el novelista sirve de juez: juzga a ese delincuente, y lo entrega al verdugo: de este modo la moral queda triunfante, y la vindicta pública satisfecha. Si el malvado sale bien en sus empresas, muere feliz en la novela, ésta es mala, y el escritor mal escritor u hombre perverso. Joaquín Escudero, el héroe de mi episodio titulado "El otro monasticón", se arrepiente en sus últimos instantes, y muere como justo: ¿por qué le parece mal al señor obispo? Esa novelilla sería inmoral, si yo hubiera tratado de volver simpático al impío; mas si, gracias a mi pluma, causan horror ese carácter y ese acontecimiento, el deber del novelista está cumplido. Un crítico español ha citado: "El otro monasticón" y "El cura de Santa Engracia", para insinuar el concepto de que hay en mí tela para un gran novelista. No lo creo: mas dígame el señor arzobispo, ¿cuál es la causa de su odio contra Joaquín Escudero? Si es asunto de rivalidad, amigo Ordóñez, desengáñese; yo no he tratado de oscurecer las glorias de nadie. Si yo le hubiera creído a vuestra señoría ilustrísima capaz de arrepen-

timiento, a vuestra señoría ilustrísima le hubiera puesto en lugar de Joaquín Escudero; mas como mi intención fué presentar un ejemplo de la misericordia divina, y hacer morir con Dios a ese hombre malo, no me fué posible servirme del señor obispo.

El cura de Santa Engracia no es adúltero, ni violador como el rey Rodrigo; ni ha sido demandado por tentativa de adulterio en el Tribunal del Sena: es hombre bueno, ciudadano virtuoso, sacerdote caritativo, y cumple con sus deberes de miembro de la asociación general, de hijo y de párroco, sin desentenderse jamás de la ley de Dios ni de las obras de misericordia. Los clérigos prohiben estas cosas en mi país, y hacen tráfico activo del Examinatorio del padre Mazo, y ponen este libro infame en manos de casadas y solteras, de viejas y de niñas. Las que leen esas negras páginas, nada tendrían que aprender en Sodoma. Ah, malvados, ¿de dónde sabe la niña, la virgen de catorce años, eso que le preguntáis ahí? Su alma está cerrada todavía para el mal, y los conocimientos nefandos le entran por los ojos, hasta cuando el torpe confesor le fuerce los oídos con esas barrenas encendidas con que le perfora el corazón. Si ha hecho esto, si ha hecho lo otro... Esa criatura no ha hecho nada, no sabe que existen esos delitos; ¿por qué le despertáis la atención a esos temibles secretos del pecado? Con esos despertadores, provocadores, corruptores de la mujer, es

imposible que la conciencia quede ilesa, que la moral no sufra venenosas desportilladuras. Algunas repúblicas de América han prohibido la introducción de esos manuales de lascivia y depravación; y han obrado como sabias. La del Salvador, verbigracia, persigue de muerte la obra predilecta de los clérigos, esa que les abre el corazón de las mujeres pasando por los sentidos. El padre Ordóñez prohibe *El cura de Santa Engracia,* y manda que no se lean otros libros que los examinatorios. El brazo secular, ¿estará ciegamente a su servicio en esa desdichada comarca? Pues váyanse todos a repoblar las orillas del Mar Muerto, y dejen las faldas del Pichincha a pueblos más inocentes y razas más bien quistas con el Todopoderoso.

LA VERGÜENZA

"Con las malas lecturas se va perdiendo poco a poco el respeto a la religión, la vergüenza, y hasta el mismo pudor natural."

El pudor natural es lo primero que pierde el hipócrita, ese que se reviste del pudor artificial para sus trapacerías. El pudor natural, ojalá nunca se perdiera; al artificial le quisiera yo arrancar la máscara y entregarlo a la justicia. La vergüenza, ah sí, la vergüenza, es cosa perdida; y desgraciado del que la pierde *en la cocina*, señor obispo. La vergüenza es bello ente femenino cuyas mejillas son campo de rosas: la vergüenza está imprimida en el horizonte cuando ha roto la aurora: la vergüenza, delicada, pura, siempre está echando fuego, el fuego divino que atizaban las vestales. ¿Podríais, ilustrísimo señor, brillar como la aurora? Ese rostro seco, lívido, frío, no da cabida a ese hermoso fenómeno: en esas mejillas no se levanta el sol: habéis perdido la vergüenza. Ahora mismo no es vergüenza lo que sentís;

es odio, venganza, pasiones de Satanás. Si se os encendieran las mejillas, aun no fuera imposible que os salvaseis, porque la vergüenza suele ser buena compañía que se opone a las malas obras. Mas hay caras que son ceniza; allí no prende ya el santo fuego: honestidad, verdad, pundonor son combustible de la vergüenza. Hogar helado, la cara del hombre inverecundo no sentirá jamás el calorcillo de la sangre que en puras llamas se levanta del santuario más secreto de la humana criatura, y brilla hacia afuera, al tiempo que los ojos están sufriendo conturbación sublime. Vergüenza, oh vergüenza, vuélveme tímido, sálvame en ese acoquinamiento en que el alma se retrae, cuando tiene miedo de lo ilícito, o echa de ver que una de sus obras le acarrea desconsideración e infamia. Así como no podemos vivir vida material sin el fuego, elemento del mundo físico, así la vergüenza es el fuego del espíritu, y uno de los elementos de la naturaleza del hombre. La vergüenza siempre está virgen: los que la violan, la matan; y viven pálidos, aun cuando, viudos desamorados, no echan lágrimas. Señor obispo, ¿qué habéis hecho de vuestra vergüenza?

SUERTE DEL CAJISTA

Nunca, nunca se había visto prelado ni cura que no se contentaran con mandar a los infiernos a los escritores: este sublime condenador hace un montón gigantesco de escritores, editores, cajistas, comerciantes de libros, y de lo alto los precipita en el abismo; porque todos, dice, contribuyen a *la ruina de las almas.* Quiere que el comerciante de libros le vaya a preguntar a él cuáles no causan la ruina de las almas, y que eche al fuego, a su costa, los que causan esa ruina. De antemano sabe que a ese buen eclesiástico no le gusta la lectura y piensa que con libros no hay salvación. No han olvidado los fieles esa época inquisitorial en que el obispo, convertido en centurión, al frente de un piquete de soldados, se iba por las calles aterrando a los habitantes, y metiéndose en las casas a buscar y confiscar *libros prohibidos.* Gobierno hubo que, no solamente sufrió, sino también autorizó este escándalo. El cabo Ordóñez fué el terror y el odio de Ríobamba: era una pesadilla este clérigo esbirro andándose con sus soldados por todas partes a buscar libros y pren-

der mujeres enamoradas. El asilo doméstico, violado; el derecho de propiedad, volcado; el pudor, herido en sus soledades, sus secretos, y sus miserias quizá. La mala mujer no ha perdido el derecho al pudor: el pudor es marca de oro imprimida fuertemente en la persona humana: en la prostituta misma hemos de respetar el pudor. ¿Y quién había condenado ya a esa desventurada, para que el obispo se le vaya encima con gente de armas, y la obligue a un matrimonio no resuelto por esos cónyuges que están protestando contra ese enlace a viva fuerza? Este obispo desaforado, especie de verdugo, es el que, por obra y gracia del insigne ladrón Ignacio Veintemilla, ha venido a ser arzobispo de Quito; y éste el sabio prelado que prohibe a los comerciantes comprar ni vender libros; a los impresores recibir manuscritos, y a los cajistas componerlos, so pena de la vida eterna.

El cajista, empleado mecánico en América, que no sabe lo que está componiendo; el cajista, operario sin luces generalmente; pobre además, que vive de su oficio, se ha de poner a examinar los manuscritos que le entrega el impresor, para ver cuáles acepta o cuáles rechaza, cuándo incurre en pecado y cuándo trabaja en conciencia. Mil veces me sucede darme a todos los diablos de que la lengua que hablamos no pueda pasar al escrito, y de que se nos queden a los escritores las más poderosas palabras en los labios, o no salgan

de nuestro gabinete. ¡Oh, cómo se los echara yo redondos a ese obispo! ¡cómo le llamara bruto, si no me lo impidieran la cultura y el buen término de las gentes! Conque el cajista ha de servir de censor, no sólo del autor, sino también del editor y el dueño de la imprenta... Al cajista que le quisiera dar gusto al obispo, ¿no le echarían a patadas a la primer intentona? Y este oficial del servicio público, que tiene mujer e hijos a quienes mantener, arriendo de casa que pagar, madre anciana a quien acudir; este laborioso que si no trabaja no vive, ha de abandonar su posición y renunciar a sus medios de subsistencia, porque el obispo dice que contribuye a la ruina de las almas. ¿Qué país es ése, dirán los que lean este libro; qué pueblo, qué clero, y qué imprenta que así deja pesar sobre la sociedad humana la negra, torpe mano del fanatismo y la ignorancia?

Yo no me decidiría por la persecución arbitraria e inmediata de los malos clérigos; no haría sino restablecer la *Ley de Patronato,* esa ley sabia de nuestros mayores, y ponerles el freno de la razón y la justicia. A la corta o a la larga tuvieran que ser buenos, y estando en lo posible, ilustrados y útiles; porque yo procurara lavarles el alma y limpiarles la roña que los apesta. No me vengan los liberales con separación de la Iglesia y del Estado: eso es bueno en naciones libres y cultas: a nosotros nos comen vivos los clérigos, si los

dejamos de legisladores absolutos en un pueblo que no hace sino lo que ellos le mandan. Yo he visto negar un párroco la sepultura a un cadáver de familia pobre, mientras no le dieran cien pesos fuertes. Esos dragones nos devoran, son capaces de comerse al difunto, si los dolientes no le cuentan allí sobre la marcha la suma que ellos han menester. Arancel, o renta fija; y clérigo que se desmanda, lo trato como a ladrón. Francia, Francia misma no se ha atrevido hasta ahora a separar la Iglesia del Estado. La Ley de patronato sin el nefando artículo del fuero, ése es mi programa. República democrática, donde reina el fuero eclesiástico, decid, señores, ¿se puede oír absurdo de marca mayor? En los Estados Unidos, Francia, Alemania, Inglaterra los presidios están abiertos para los criminales condenados por el tribunal común, que sean eclesiásticos, que sean seculares. Cuando no haya fueros eclesiásticos en el Ecuador, el obispo Ordóñez se lamentará menos de *la ruina de las almas* y el estrago de las buenas costumbres.

TRISTEZA Y AMARGURA

"En verdad, Venerables Hermanos y Queridos Hijos, el autor de los *Siete Tratados* ha llenado nuestra alma de amargura, y nos ha causado profunda tristeza, porque se manifiesta muy a las claras enemigo, no solamente del clero, sino de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana."

Del clero corrompido, el clero ignorante y perjudicial, concedo; del clero ilustrado, piadoso y útil, *nego*. Mi veneración por los grandes sacerdotes que han sido honra, no de su clase solamente, sino también del género humano, le está dando la desmentida a ese mal hombre tan descuidado de la verdad. Fenelón, Massillón son mis clérigos: el padre Lacordaire, el padre Ventura de Ráulica son mis frailes. No soy enemigo del clero: los fanáticos me infunden miedo, los ignorantes lástima, los perversos odio, los corrompidos desprecio: a Ignacio Ọrdóñez no le puedo querer ni estimar: es hombre malo, muy malo; de tristes antecedentes, y, si no hay quien le vaya a la mano, de tur-

bias esperanzas. El que ha leído "El padre Yerovi", "El Sermón del padre Juan", "El cura de Santa Engracia", ¿me tendrá por enemigo sistemático del sacerdocio? No lo creo. Ordóñez me aborrece más por estas obras, que por los daños que hago, según dice, con mi pluma. Ve allí las virtudes personales y eclesiásticas; humildad, caridad, humanidad, y, sintiéndose incapaz de ellas, le irrita la manera como trato a esos buenos sacerdotes. La hiel que se está derramando de su pastoral no indica al pastor sino al lobo: clérigo lobo. Yo me guardaré más de ese capitán de Satanás, que de los enemigos más encarnizados que tengo entre los militares. *La amargura de su alma* es esta hiel de que hablo: Jestas tenía también el alma *llena de amargura.* Los soldados al fin, por mucho que hayan bastardeado, no pueden olvidar que su clase es la del pundonor y el valor; pero los clérigos, los jesuítas... ¡Dios nos ampare! Yo temo menos la espada o la pistola del enemigo militar, que los medios ocultos de los criminales de sotana; y aun que los medios públicos; pues si con un sermón o una pastoral me levanta un obispo o un cura un motín de gente, no me queda defensa; al paso que al general o al coronel, si no es el más ruin de los nacidos, le puedo ver la cara y sembrarle una bala en el corazón.

Un cura, un cierto cura ha predicado. Los curas de allá también predican; y predicando, ha dicho que ne-

gará la sepultura a los que lean los *Siete Tratados*. ¿Qué arbitrio le queda a un cristiano contra malhechores de esta naturaleza? Por dicha los que le oyen y le creen no necesitan de sus amenazas para no leer: viejas del tiempo de maricastaña; devotos barbudos, tontos de capirote y zuecos no leen jamás. Los jóvenes, los inteligentes, los que sienten correr por las venas la sangre del siglo décimonono; ésos, ni le oyen, ni le creen al cura, animal sin inteligencia ni conciencia: y leen, y hallan gusto en mis arranques de indignación contra los opresores, los apagadores, los chupadores del pueblo. "Todo el que tenga corazón y entendimiento estará con Juan Montalvo", ha dicho un escritor español, a quien le sobran entendimiento y corazón. El obispo de Quito puede mandar a sus curas que entreguen a los perros los cadáveres de los que leen: con esto no hace sino trabajar por la secularización del cementerio, la libertad y dignidad del difunto; el entierro civil, en una palabra. Cuando estos buitres no se consideren necesarios amainarán. Lo que conviene con urgencia es comunicar alguna luz al que no lee, buscar manera de instruirle, de levantarle el espíritu, a pesar de los esfuerzos de los clérigos, cuyo anhelo es que nadie tenga un libro ni sepa cómo anda el mundo. Ahora poco han disuelto las sociedades populares a fuerza de sermones y amenazas: el aislamiento mantiene la ignorancia; y la ignorancia sufre en silencio

el yugo. El roce de los ciudadanos entre sí les comunica actividad y fuerza: los jesuítas, los clérigos, quieren cadáveres vivos. Todo saben que su regla es la obediencia cadavérica: *Tamcuam ac cadavera.*

DAR BUEN CONSEJO

"Condenamos, pues, esa obra, porque contiene proposiciones heréticas, máximas escandalosas y principios contrarios a los dogmas revelados."

No les toquen a la bolsa a los clérigos, porque ahí están la impiedad y la herejía. "Dispongan ustedes del infierno como les parezca, les decía un cura de rompe y rasga a ciertos radicales de Colombia; pero déjenme el purgatorio, porque él me da que comer, que beber y muchacha con quien vivir". Se engañaba ese buen pastor de almas: el infierno también produce, y no poco. Un Pío no sé cuantos, Pío primero, me parece, sacaba, no del purgatorio sino del infierno, almas a precio fijo. Una alma valía algunos miles de maravedises, pues las tasaba en maravedises. El obispo Ordóñez sabe què el infierno produce también, y por eso no quiere que los herejes le pongan los pies en su hacienda. Misas, sufragios, responsos, ya lo creo, son para las benditas ánimas del purgatorio; pero lo que tenemos que dar cuando estamos en vida para no conde-

narnos, ¿es poco? Yo debo ser hereje furibundo para los clérigos, porque salgo a la defensa del cadáver, y exijo se le entierre decorosamente, sin rematarle a la madre anciana o la viuda desvalida la choza, la paila, el burro. Debo ser hereje, porque muestro mi indignación contra las brutalidades de los frailes impíos y soberbios, como sucedió una vez en la puerta de una iglesia. Era un fraile llamado Cartagena, ídolo de las viejas, y más de las muchachas: fraile joven y presumido que se peinaba de copete y andaba oliendo a ámbar y agua de Florida. Pero bravo con la gente pobre, casi feroz. Un hombre del campo, conocido de mi casa, de esos que llamamos *chagras*, vino un día y, con el sombrero en la mano, dijo: Niño Juanito, a sus puertas vengo: Dios me ha dado otro hijo; y mi mujer y yo le hemos escogido a su merced para que nos le haga bautizar. Le abracé a mi *chagra*, y respondí: Trae al niño; ya haremos de él un buen cristiano. Fué vergüenza de verme de compadre, repugnancia del fraile, no sé; pero hice la mala obra de tomar a mi vez una madrina que entrase en mi lugar. Fuí con todo a la iglesia. He allí el fraile que sale de capa de coro: no respetó ni ese vestido, ni ese lugar, ni el sacramento: ¡Bestia! dijo; y le asentó un gentil bofetón a mi suplente. ¿Qué hacer en semejante caso? Tascar el freno, es claro. Reparando en mi presencia el fraile, perdió el calor, y murmuró algunas necias excusas. Dijo que le había dado el bofetón a la madrina, por que no sabía tener

al niño. Yo le eché un rayo con los ojos, y le apunté en el libro verde. Se murió el fraile, y se me fué impune; pero yo era una pesadilla para él. ¿Cómo no he de ser hereje?

"Máximas escandalosas..." ¿Las podría citar el señor obispo? ¿Acaso ha hecho caso de mis máximas alguna vez, para que hoy salga atribuyéndome las obras de su vida? Si soy yo quien le ha corrompido, yo quiero ser el que le convierta. Para este fin me parecen adecuadas las máximas siguientes:

Cuando hagas un cargo grave, cita el hecho: de otro modo puedes pasar por malicioso inventor de cosas que no existen.

Si hablas como pastor, sé manso e indulgente: si aconsejas, no olvides que la suavidad, el comedimiento, el amor son caminos del corazón.

Contempla en los errores de tus hermanos, mide su desgracia, y deja que tu alma esté triste hasta la muerte. La cólera, hijo mío, es madre de la injusticia; y el odio no corresponde al que se está llamando padre de sus semejantes.

Sea que corrijas, sea que manifiestes tu opinión acerca de una materia, usa de las fórmulas que la sociedad humana ha inventado para mantener el mutuo

aprecio entre los hombres. Ni como persona de buena clase, ni como sacerdote, y menos como prelado, puedes salirte de los términos fuera de los cuales no hallamos aprobación ni simpatía.

El amor, hijo mío, lo acomoda todo, enseña y salva. El odio, por más que lo estés llamando amor, no puede permanecer oculto ni engañar con vanas palabras: si amas a tus hermanos, no los maldigas; si quieres librarlos del enemigo, alárgales la mano, mano paternal y bienhechora. Si aborreces, eres aborrecido; si insultas, te expones a recibir el pago en la misma moneda; si condenas como ciego, como torpe, serás condenado a tu vez. San Pablo fué severo, nunca grosero; elocuente, no gritón y difamador; virtuoso, no hipócrita. Los gentiles, al oírle, se pusieron a despedazar las estatuas de los dioses.

Haz que tus hermanos, esos a quienes llamas herejes y blasfemos, rompan las estatuas de sus falsas divinidades, y serás otro San Pablo. Pero si con tus discursos no consigues sino que te rompan la cabeza, ¿qué eres sino insensato, indigno de esa mitra que te ha ensoberbecido?

Seguro está que el señor obispo tenga por buenas estas máximas; le han de parecer *escandalosas*, y ha de condenar también esta obra mía, a causa de estas máximas.

SI LA IGLESIA CATOLICA HA ERRADO

"Condenamos esa obra, porque en ella el escritor acusa de error a la Iglesia católica, y reprueba el culto de las sagradas imágenes."

Yo no acuso de error a la Iglesia; no hago sino preguntar: Entre dos papas que se contradicen, ¿cuál es el infalible? Entre dos papas infalibles que se condenan mutuamente, ¿cuál es el errado? Doelinger, el clérigo memorable del concilio ecuménico del Vaticano, me ha relevado de la necesidad de hacer ver esas contradicciones y esas condenaciones. Contradicciones, por lo demás, que constan en la historia, sin que el sacerdote católico Doelinger haya hecho otra cosa que ponerlas de manifiesto. Montalambert, el conde Montalambert, católico hasta la médula de los huesos, murió sin reconocer la infabilidad del Papa. Vean, pues, los clérigos de por allá que no es necesario ser *hereje* para no hacer caso de los absurdos más groseros que ha inventado una secta esclavizada.

A los argumentos de Strossmayer nadie pudo replicar en el Vaticano. Los papas que han comprado la tiara con dinero, progunto yo, ¿han comprado a un mismo tiempo la verdad eterna? ¿La inspiración divina puede ser mercancía sujeta a regateo? ¿El Espíritu Santo viene por cantidad de moneda acuñada y sellada? Belisario, general de Justiniano, le vendió el papado al obispo Virgilio: tras el contrato sacrílego, el obispo hizo trampa; nunca dió el precio convenido. Es harto conocida en la historia eclesiástica la cruda reprensión de San Bernardo a Eugenio III, por haber hecho otro tanto que el papa Virgilio. "¿Podréis enseñarme en esta gran ciudad de Roma, le dice el Padre de la Iglesia con ojos centelleantes, los que os hubiesen aceptado por papa, sin haber recibido dinero por ello? Al otro día de muerto Alejandro VI, se halló grabado en su tumba el epitafio siguiente:

Vendit Alexander claves, altaria, Christum:
Emeret ille prius, vendere jure, potest.

"Alejandro vendió las llaves, el altar; vendió también a Cristo. Pudo muy bien haberlos vendido, habiéndolos comprado".

En esa horrible época del mundo, el papado, no menos que el imperio, salían a remate. Si me contestan que el secreto está en ser papa, y no en el modo

de llegarlo a ser, yo replicaré que esos compradores de las llaves de San Pedro han correspondido en todos sus actos a la vil manera de levantarse al trono de la Iglesia. Esteban onceno arrojó en el Tíber el cadáver del papa Formoso, después de haberle cortado los dedos, y lo declaró perjuro. Si fué perjuro, Formoso no pudo haber sido inspirado por el Espíritu Santo; y si había sido inspirado, Esteban, su sucesor, que le excomulgó, le mutiló y le echó al río, fué sacrílego. Uno y otro fueron papas, y por consiguiente infalibles. A Esteban a su vez le dieron muerte de garrote, muerte infame: el papa Romano le rehabilitó. No satisfecho de esta rehabilitación, Juan décimo le volvió a rehabilitar. Luego el papa Formoso queda de perjuro. Los clérigos tan atrevidos como ignorantes que salen de estas dificultades con decir: "mentira", pueden consultar la *Historia del papado*, de Platina. Si esto no los satisface, lean los Anales de Baronio, y vuelvan a decir "mentira".

Genebrando, adulador de los papas, llama *monstruo* al hijo del papa Sergio y de Marozia, quien había ascendido al papado a la edad de dieciocho años; y dice que la Iglesia ha sido *vilmente atropellada.* El Espíritu Santo no desciende sobre un monstruo para atropellar vilmente a la Iglesia. Y esos ciento cincuenta años horrendos durante los cuales la Sede Romana fué ocupada por antipapas, quienes más fueron *após-*

tatas que apóstoles, según las palabras del citado Genebrando, habrán sido época de verdad e inspiración divina? Si la Iglesia actual no reconoce la legitimidad de esos *apóstatas*, la jerarquía queda rota, y ésa es la ruina de la Iglesia.

Juan XXII, o veintidós, como dicen brevemente, fué tan audaz, que negó la inmortalidad del alma: el concilio de Constanza lo depuso. O erró el Papa, o erró el Concilio, no hay remedio. No erró el Papa, puesto que, siendo infalible, no pudo errar; luego erró el Concilio. Pero como el Concilio no puede errar tampoco, estando asistido, como está, por el Espíritu Santo, venimos a parar en que no hubo error en nadie. Luego la inmortalidad del alma . . . Peor es meneallo. Dirán quizá que Juan XXII pasó por antipapa, no habiendo sido legalmente electo. ¿Pues cómo lo depuso el Concilio? Si no fué papa, ¿qué necesidad tuvo de *deponerlo*? Juan XXII reinó, además, y gobernó la Iglesia sin contradicción, hasta cuando lo depuso el concilio de Constanza.

Pío II fué mágico. A este pontífice tenebroso no le inspiraba el Espíritu Santo, sino las deidades sospechosas de las cavernas. Los prodigios que obró durante su pontificado, a nada olieron menos que a divinos; ni él los atribuía al poder del cielo, sino a las potestades infernales. El papa Marcelino, en el siglo

tercero, fué idólatra: el culto que rindió a la diosa Vesta, entrando públicamente a su templo, no fué un secreto para nadie. Liborio, en 358, el siglo cuarto de la Iglesia, persiguió a los sectarios de Arrio, condenando su doctrina. Después se volvió arriano él mismo. Si nos acercamos a nuestros tiempos, allí no más están Clemente décimocuarto suprimiendo la Compañía de Jesús; y Pío séptimo restableciéndola: ¿cuál de estos dos ilustres pontífices erró? Pío nono, declarado ya infalible por el concilio del Vaticano, da una triste prueba de la falibilidad de la Iglesia, cuando declara a su vez *errado* y *nulo* todo lo anterior que fuere contrario a la bula en la cual da reglas para el dicho concilio. ¡Oiga! ¿con que sus antecesores pudieron haber *errado*? El ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleáns, ha demostrado en sus famosos discursos lo absurdo que sería decir que el Espíritu Santo no ha empezado a descender sobre el papa sino en año de 1870. El concilio del Vaticano declaró infalible al Papa, desde Lino y Clemente, sucesores inmediatos de San Pedro. Así es que no alcanzamos cómo los Pontífices Romanos que han abrazado desde luego la herejía de Montano, y después la han condenado, han podido entenderse con el Espíritu Santo. El papa Víctor, en el siglo segundo, fué montanista; en seguida condenó el montanismo. Adriano II declaró legítimo el matrimonio civil; Pío VII lo declaró ilegítimo; y

no *extra cátedra*, sino *intra cátedra*, en este y en mil otros casos, según lo ha hecho ver el obispo católico Strossmayer.

El arzobispo de Quito que se escandaliza de que yo piense que la Iglesia ha errado alguna vez, vaya a echar sus anatemas sobre los historiadores eclesiásticos; sobre los bibliotecarios del Vaticano, como Platina; sobre jesuítas insignes, como Baronio; sobre cronistas prolijos y verídicos, anotadores diarios de los sucesos del Vaticano, como Estéfano de Infesura; sobre sabios obispos, como Strossmayer; sobre virtuosos canónigos, como Doelinger; sobre curas y vicarios ilustres, como Michaud; sobre filósofos celebérrimos, como Montalambert; sobre tantos varones ínclitos que en todas las naciones guardan para sí el precioso derecho de pensar y creer según las luces del mundo y los datos de la historia. "¡Mentira!" ha de gritar, "¡Mentira!" El primer paso a la felicidad es haber perdido la vergüenza, dijo un famoso caudillo de la Nueva Granada. El ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Ordóñez es completamente feliz: grita ¡Mentira! ¡blasfemia! y se queda satisfecho de sí mismo, regodeándose en su saber. Pero yo que estoy en el centro del mundo civilizado, a las puertas de la Biblioteca Nacional de París, y tengo tarjeta de entrada a las salas reservadas, les creo más a los autores

que consulto, que a ese obispo negro, tan áspero como ignorante.

Le llamo negro, no por prurito de insultarle, sino porque me escriben de ese país que nada le ha indignado más a ese aristócrata, que el haber yo dicho en el tratado "De la nobleza" que en la América española, la robusta clase proveniente del cruzamiento de las razas era la que tenía en las manos las riendas del gobierno, la espada, la pluma y *el cayado*. Parece que el ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez no quiere ser cuarterón, y menos mulato. Pues hagamos que la familia más ilustre de Castilla haya pasado el Azuay, y haya permanecido en esos altos páramos sin roce ni comercio con los habitantes de esos territorios, para que el señor obispo sea noble Grande de España, y esté contento. Pero como yo tengo creído que no hay en Sud América, Zúñigas de Villamanrique y señores Oropesa que no estén en potencia propincua de ser mestizos, ya con un pedazo de indio, ya con un cuarto de africano, muy bien podemos llamarle negro a ese caballerazo, aunque no sea sino para sacarle de sus casillas y ponerle en el artículo de echar excomuniones contra el mundo entero. Por lo demás, salvo le queda el derecho de contestar: ¿Y usted?

Conocida es la benevolencia con que los hispanoamericanos tratan a sus criados: llegaba a tal extremo

la familiaridad y el flujo por manifestarles cariño, que hasta ahora poco los que nacían en casa de sus amos tomaban su nombre, confundiéndose de este modo con los hijos de la familia, ora fueran negros, ora *cholos* o híbridos de español e india. Se va perdiendo esta costumbre paternal, y es lástima; si bien ella adolecía del inconveniente de difundir de una manera viciosa los apelativos, notables por ventura, sino del todo ilustres. Ahora los Portocarreros de Varón y los Alburquerques de Cuchicarangui no quieren que sus criados se llamen como ellos. Mientras las instituciones y las costumbres sociales se acercan más y más a la democracia y la fraternidad, el orgullo personal y de familia sube de punto. Era muy noble la condescencia de los viejos españoles de América, quienes permitían connaturalizarse, digamos así, con ellos a los hijos de sus domésticos y servidores. Si el ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez desciende en línea recta de varón de Don Diego Ordóñez de Lara, el retador de Zamora, no lo podría yo decir, pero si sabe rezar y quiere darle a la contienda cierto sabor místico, válgase de este temperamento. Cuando yo le diga negro, responda:

"Así como nosotros . . ."

"¡Negro obispo!"

"Así como nosotros perdonamos . . ."

"¡Negro Ordóñez, hijo de don Paralipómenon de las Tres Estrellas!"

"Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores..."

De este modo me daba cantaleta un condiscípulo mío con quien tenía yo discusión y riña de linaje tres veces por semana. Cachazudo, imperturbable, si mis entripados no hubieran hecho operación por las manos, allí me hubiera acabado de morir. Más vale maña que fuerza, señor don Ignacio: no venga usted de las Batuecas, ni se deje poner la mano en la bragadura; que no hay sino enojarse uno, para que todo el mundo se tire a capearlo y darle revolcones. Ni mis reticencias acerca de la infalibilidad, ni mis puntos suspensivos respecto de las penas eternas, ni mis rehiletes a los clérigos le han amohinado tanto, como el que yo hubiese dicho que en la América del Sur, algunas veces, la tiara suele ceñir sienes no muy católicas en orden a crisolitud de sangre y lustre de familia. Cosa rara, nadie se enfada más por allá que los mulatos, cuando les achican los cuarteles de su escudo de armas: ellos quieren ser completamente aristócratas, grandes señores emparentados con las casas de más antiguo solar del viejo mundo. No hay Tocho ni Capoche que no tenga tíos en España y primos hermanos en Francia; y no tardarán en ser ingleses los Marimbas y los Congos de las tierras calientes, y tendrán cartas con los Oberborys de Inglaterra. Para que

un bestión de esos ensoberbecidos con el dinero se le venga a uno encima, no hay sino decirle zambo.

El mayor insulto que se puede hacer a una persona entre esos Pobares de Aragón y Men Rodríguez de Sanabria es siempre relativo al linaje. De lo tocante a la honra o la vergüenza, no suelen hacer gran caso; pero díganle zambo a un gran señor, o mulato, o *cholo*, y allí se va a las manos, cuando no corre a presentarse por difamación y calumnia. Yo no le digo tanto al ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Ordóñez; no le digo sino negro; y eso porque este nombre casa bien con obispo. *Negro obispo* se le puede decir al emperador de Alemania; y al Gran Turco le diera un transporte de alegría si le insultaran de ese modo. Pero déjese de chanzas el señor obispo, y vamos a lo que importa.

El sistema del Universo de Copérnico fué desaforada energía e impiedad para la Iglesia, quien lo condenó *intra cátedra*. Galileo a su vez fué juzgado por el Santo Oficio, y condenado a la retractación, por haber desenvuelto el dicho sistema y haber aducido pruebas del movimiento de la tierra alrededor del sol. Hoy en el día, ni la Iglesia con ser quien es, se atreve a negar los principios de Copérnico y Galileo; y quiera o no quiera Urbano octavo, el sol es el centro de nuestro sistema planetario; y la tierra, este

grano mezquino en donde nos agitamos nosotros, infusorios invisibles del gran vaso del universo, está girando treinta mil años ha en torno del rey de los astros y el príncipe de las cosas. ¿Qué dice de esto *la Santa Iglesia?* ¿Erró o no cuando condenó como error lo mismo que ahora se ve obligada a reconocer como verdad inconcusa? Don Francisco de Chateaubriand la defiende de este cargo con decir que los griegos habían también condenado ese sistema, cuando persiguieron al astrónomo Aristarco de Samos, sobre que había querido remover el centro del mundo, dando movimiento a la tierra. El tirano Cleanto persiguió a Aristarco; luego la Iglesia pudo muy bien perseguir a Galileo. Mal de muchos consuelo de bobos, señor don Frasco. Ahora veamos si el ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez halla una contestación menos necia y ridícula que la de Chateaubriand, y si puede razonablemente mandar a los infiernos a los que piensan que la Iglesia ha caído y puede caer en error con infalibilidad y todo. A menos que no eche mano por su contestación ordinaria: "Mentira, blasfemia", ese criollo no sale de la angostura, ni aunque le quiten la carga.

LAS SAGRADAS IMAGENES

¿Qué hay con las sagradas imágenes? ¿Acaso yo mismo no he alumbrado muchas veces en las procesiones? Hasta me han hecho llevar insignia, disfrazándome de religioso de San Francisco. El maestro de escuela de esos tiempos era capaz de todo. Bien es que Voltaire había sido jesuíta; o por lo menos alumno, y muy aprovechado, de la Compañía; y Víctor Hugo fué familiar de un clérigo. En cuanto a Juan Jacobo Rousseau, se contentó con salir de repente vestido de sacerdote armenio: en un tris estuvo que no anduviese echando bendiciones. A lo menos su mujer, Teresa Levasseur, vivía persuadida de que su marido era el Papa. Así lo cuenta él en sus confesiones. Tan bestia era como todo esto esa bribona. Estaba yo para decir que moría de gusto cuando, en la procesión del viernes santo, San Juan se perdía de la Virgen; y por otra calle, en hombros de un tropel de indios borrachos, cayendo y levantando, volvía al aprisco, oveja por un instante descarriada.

Las sagradas imágenes son cosa muy respetable. Bajando yo hacia el Guáitara, me tomó la tarde en un pueblo llamado Iles. En los pueblos silvestres no hay más arbitrio que el cura: mi compañero y yo fuimos a casa del cura en busca de abrigo para esa noche. He allí el coadjutor que nos sale al encuentro: Señores, dice, el Guáitara está a dos pasos: en treinta minutos quedan ustedes bien alojados. Siento mucho, pero aquí no podemos recibirlos. Volvemos al camino: ¿A dónde van ustedes, señores?, nos pregunta un hombre bondadosamente. Al Guáitara, mi buen amigo. ¿Y pasan ustedes a estas horas? Van a despeñarse mil veces antes que lleguen a las tres de la mañana, si llegan vivos. Nos quedamos en Iles en la puerta de una tienda; y en tanto que oscurecía, fuimos a ver al otro lado de la plaza cómo unos indios sacristanes estaban disponiendo y componiendo los personajes de la procesión del día siguiente. "¡Fidel!, gritó uno de ellos, ¿ya hiciste tu judío? ¡Tráeme la cabeza de San Pedro!" Vino la cabeza de San Pedro. El sacristán, con desenfado y denuedo, la embonó en un palo; y como zangolotease, la echó a rodar, y dijo: "Está no está buena; ¡tráeme la de San Antonio!" La cabeza de San Antonio sirvió para hacer el esbirro que debía meterle la lanza en el costado a Jesús Nazareno; pues en daca esas pajas el palo estaba con brazos, piernas, pantalón y casaquín colorado.

Por estrafalaria que fuera mi imaginación, ¿piensan ustedes que se me pudieran ocurrir estas cosas? Son simples recuerdos de viaje: las he visto con estos ojos que se han de volver tierra. *Quod vidimus et audimus testamur.* Cuando me sucede ver una procesión, no puedo olvidar ese épico "¡Fidel!, ¿ya hiciste tu judío?" Yo también estoy haciendo mi judío: diga el padre Ordóñez si está saliendo parecido. Al mío no le he puesto la cabeza de San Pedro, ni la de San Ignacio: no me falta sino el pantalón colorado y la lanza en la mano.

Entramos a la sacristía a ver ese parque de cabezas; ni nos hubiera sido posible reprimir esta curiosidad. Allí estaban, en un rincón, amontonadas como cocos, o como balas de cañón de plaza fuerte; y así servían para hacer San Pedros como para formar judíos. Oh, sí, no postrarse ante *las sagradas imágenes* es cosa de raro atrevimiento.

Sabido es en esos países de poca ley el terror que la leva infunde en la gente del pueblo, y más en la del campo. La leva, que por allá dicen *recluta,* ese bárbaro e infame abuso de la fuerza con el cual se arranca de su hogar al pobre, el hombre de bien, el útil, y se le lleva maniatado a morir en una revolución, o a servir en un cuartel a palos y azotes. La recluta es el espanto de los hijos de la aldea, los cam-

pesinos, quienes se tiran por cualquier despeñadero, antes que caer en manos de los esbirros. Una noche, en el pueblo de Baños, esa memorable parroquia que quizá no han olvidado los lectores de los *Siete Tratados*, estaba en procesión la gente a lo largo de una calle que llaman el Calvario: más de veinte santos, en sus andas, a hombros de los más devotos, andaban por ahí a paso lento, seguidos de su cura, su buen cura, que iba cantando con una cuarta de boca, acompañado por su maestro de capilla. ¡Recluta! señores, ¡recluta!, gritó un hombre, viniendo a todo correr de vuelta encontrada. Al otro día el cura con un piquete de viejas de infantería estaba recogiendo los miembros de los santos, de los cuales no había uno solo entero. Cabezas, piernas, brazos, todo entraba en el costal; y cuando se hubo concluído la cosecha, volvió la gente a la iglesia con seis burros cargados de santos muertos. El domingo el cura predicó y excomulgó a los *chagras* que tan mala obra habían hecho; y dijo que primero debían haberse dejado coger y amarrar, que echar de sobre sí *las sagradas imágenes*. Pero la gente no le creyó; y cuantas veces volvió la recluta, volvieron los chagras a tirar los santos y huir a los montes. La ira del cura se encendía tanto más, cuanto que los puercos, que pacen libremente por las calles en esos pueblos de pocas ceremonias, habían hozado toda la noche en el botín de guerra, y roto las casullas de los santos y las enaguas de las santas, para gran

enojo del síndico, quien no pudo reponer en cuatro años tan grave deterioro. Si piensa el señor obispo que esta es otra invención mía, puede enviar a Baños una comisión eclesiástica investigadora; y los anales del pueblo le harán ver cuán de veras sucedió lo dicho. El reverendo padre fray Vicente Sáenz de Viteri, como a él le gustaba llamarse, era el cura en ese tiempo: aunque él no lo podrá ya certificar, porque para descanso de sus feligreses y purificación de la tierra, Dios nuestro señor tuvo a bien alzarlo ahora veinte años cumplidos.

Si los clérigos hicieran de *las sagradas imágenes* un uso parco, razonable, aun se les pudiera tolerar; pero ese tráfico inmoderado, indecente, no es posible que nos cause respeto, por ciegos, tontos y fanáticos que seamos, como no seamos también pícaros que nos perdemos de vista. La fiesta de San Juan, en mi lugar, era la ruina de un hombre pobre: vendía el infeliz el caballo, la mula y la mitad de las tierritas que había heredado de sus padres, a efecto de hacer la fiesta. Y él no la había pedido: el cura, un día del año, sube al púlpito y lee la lista de los priostes del siguiente. Personas había que gastaban cuatrocientos pesos en *la fiesta de San Juan,* desvaneciéndose en huracanes de incienso, bosques de pebetes, oropeles para los maderos benditos, polvoradas formidables, *chicha dulce,* roscas en montones y torres, y crecidos derechos

para el cura, amén de los cien pesos del sermón. No sé si permanecen con todo su vigor estas tristes costumbres; porque en Francia, gracias a Dios, estoy libre del cura, el obispo, los santos de palo y las viejas devotas.

Fiesta de San Juan, fiesta de San José, fiesta del Niño, fiesta de la Virgen de las Mercedes, fiesta de la Virgen del Rosario, fiesta de la Purísima, fiesta del *Corpus*, fiesta de Octava, *las sagradas imágenes*, como dice el cabo Ordóñez, son la California de esos mineros tenebrosos, especuladores impíos que dan engaño por pecunia, y reparten ignorancia a manos llenas. ¿Cómo no ha de ser hereje el que dice que la religión ha de ser pura, el culto desinteresado, el sacerdote instruído y amigo de las virtudes? ¡Y los santos milagrosos! ¡y las romerías! Aquí nace en un árbol una Virgen: capilla, romería, dinero para el cura. Allí se ha estampado de noche la cara de Jesús en una piedra: capilla, romería, dinero para el cura. Jesucristo, la Virgen nunca nacen para dar al pueblo, para aliviar las necesidades de los pobres; siempre nacen para sacar algo, para llenarle de plata al capellán, al cura, al vicario. Yo querría que esos seres divinos naciesen en árboles y piedras para alivio y socorro de los menesterosos; pero si nacen para que el hombre de poca luz les quite el pan de la boca a sus hijos, y se lo vaya a dar al lobo, sería mejor que

no naciesen. El señor obispo José Ignacio Ordóñez piensa de otro modo; y porque yo no pienso como él, me llama hereje y blasfemo. Quiera el cielo que cuando él sea santo de palo, le saquen en la procesión, para que llegue la recluta, y los puercos le hocen toda la noche, y le coman las orejas, y le rompan la casulla.

A los indios, ¡a los indios! les obligan a hacer fiestas; y una de estas orgías eclesiásticas los esclaviza para muchos años a esos desgraciados. El indio, en todo el día, gana medio real: con esto han de comer y vestir él y su familia. Pues a este rico hacendado, para que sea buen católico, le obligan a *hacer fiesta.* Se vende el miserable, hace la fiesta: el cura le extorsiona ocho o diez pesos; el coadjutor ocho o diez reales; el sacristán siquiera cuatro. Tras esto comida, bebida para sus compadres: derecho de cera, tributo de campana, piso; alcabala canónica; chapín de la reina, esto es de la moza del cura, ¿qué no tienen que dar el pobre *chagra*, el pobre indio! Ni las ánimas benditas del purgatorio les perdonan, y salen con la boca abierta a llevarse cada una su responso en los dientes. ¿Cuándo se desempeña el indio? ¿cuándo se repone el chagra? El señor obispo dice que en la gente del campo la palabra del sacerdote es poderosa, y que ésos son los que saben apreciar la religión y la elocuencia sagrada. Estas fiestas plebeyas son de menor cuantía: San Roque, San Isidro son para los indios:

los caballeros hacen fiestas a San Juan, la Virgen, el Santísimo. Caballeros hay tan brutos como los indios, que todavía se dejan nombrar priostes, y hacen fiestas. ¿Pero no están viendo esos desventurados que ese pedazo de palo no es persona humana ni divina? La idolatría de los gentiles nunca tomó formas así tan groseras y ridículas como la idolatría de nuestros tiempos. Los clérigos dicen que esos monstruos embarnizados, vestidos de ropa vieja que les dan de limosna, son las imágenes de los verdaderos santos: los gentiles no decían otra cosa: sus ídolos no eran sino las imágenes de los dioses que estaban en el Olimpo: ¿en qué se diferencian estos dos cultos? El catolicismo es el plagiario más inverecundo que hay en la tierra: todo lo que le conviene, todo lo que produce algo, lo ha tomado de las religiones antiguas: budismo, paganismo, judaísmo son sus tributarios; y mírenlos ustedes a los clérigos echar a los quintos infiernos a todo el que les hace un recuerdo, una observación, y les va a la mano en sus asquerosas granjerías. Sus soberbias, sus avaricias, sus lujurias, sus iras, sus gulas, sus envidias, sus perezas son su religión. La religión está en su bolsillo; nadie la toque, porque ella, herida, tiembla, y llueve fuego sobre los malditos. Mi religión es más elevada, pura, y digna de la Divinidad y de la criatura humana: en vez de adorar un pedazo de madera, ¿no sería mejor adorar una virtud, y mandar tras ella el corazón a Dios? No, la virtud no da

nada, y todo lo que no da algo al obispo, al cura, es blasfemia y condenación. Pues yo digo que me tengo por muy desgraciado de haber nacido en países y tiempos donde la razón y la conciencia no han amanecido; y que si me hubieran consultado, yo hubiera pedido venir al mundo de aquí a cuatro mil años, cuando los hombres, de progreso en progreso, de triunfo en triunfo, hayan llegado a la verdad y la luz, en cuanto ellas se compadecen con las facultades intelectuales y morales de la especie humana.

LAS PENAS ETERNAS

"Condenamos esa obra, porque en ella habla el autor de la eternidad de las penas del infierno de una manera tal, que da a entender muy a las claras que no cree en ese dogma, o hace como si no lo creyese, burlándose de él".

Si no hubiera infierno común para todos los malos, yo le pediría a Dios un infierno especial para el obispo Ordóñez y sus clérigos. ¡Sí, sí hay infierno, canallas! La mujer del prójimo, la vaca del pobre quitadas en este mundo, allí las habéis de pagar y purgar cinco mil años. Nadie más que yo tiene interés en el infierno: ya que en vida no puedo reprimir y corregir a los pícaros, tengo necesidad de consolarme con las penas eternas. Eso se quisiera el padre Ordóñez que no hubiera infierno: así se quedara riendo de las gracias de su vida, y habría comprado baratas sus impunidades. Ahora mismo está faltando a la verdad y cayendo en felonía, pues lo menos que sostengo en mis *Siete Tratados* es que el infierno es muy

conveniente; y que por esto, sin duda, no hay pueblo antiguo, de los sabios, que no haya tenido infierno, cada cual a su modo y según su imaginación. El Tártaro de los griegos es mucho más poético y respetable que el infierno de los católicos: ese río estupendo que sale de los abismos con ruido aterrador, es cosa soberbia. El Aqueronte, el Cócito, el Cancerbero valen más que el ruin infierno de los clérigos de hoy, donde no hay sino ollas de agua hirviendo y tal cual diablo mal comido con un garfio en la mano. Pero aun así yo quiero que exista: del lobo un pelo. Si estoy errado en esta convicción, dejadme, ¡oh dejadme este error que me consuela, para repetir las palabras de Catón! El padre Ordóñez y su conventículo de Zugarramurdi ¿a dónde se habían de ir, si no hubiera infierno?

Hombres menguados e inconsultos, ¿no sería mejor que todos nos conviniésemos en que no había infierno? ¿Qué cuenta nos tiene este porvenir de chuzos encendidos y estas horribles desolladuras con que nos complacemos en regalarnos para la vida eterna? Unámonos por mutuo consentimiento, y vámonos al cielo todos juntos, que allí seremos felices y aprenderemos a ser buenos y caritativos. No, yo no me uno con pícaros, con tontos, con canallas, con embusteros, con envidiosos, con cobardes, con ruines, con difamadores: el padre Ordóñez y su cardumen no cuenten con-

migo. El infierno ha sido creado justamente para ellos; y no he de ir yo ahora, a título de fraternidad y filantropía, a entregarme al diablo en tan mala compañía. Quedamos, pues, convenidos en que hay infierno; y no se me moleste más con decir que no creo en él. ¡Sí creo, bribones, sí creo! Creo en que los clérigos viejos llevan ya sesenta años de camino, y están a dos o tres jornadas de la gran puerta, esa donde Dante Alighieri ha escrito con su dedo profético:

Lasciate ogni speranza
Voi qu' entrate!

Los jesuítas tienen la mala maña, cuando disputan acerca de cualquier materia, de decir que sus adversarios no creen lo que están diciendo: con este artificio y embuste los jorobaban a Jansenio y los de Puerto Real. El ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez quiere echarse sus collares de jesuíta: su modo de dilucidar las cuestiones es decir que su contrincante dice lo contrario de lo que piensa: así yo aparento no creer en el infierno, cuando en realidad creo en él. ¿Y qué ganaría yo con esa intrincada manera de proceder? ¿Irme más pronto y más derechamente allá? Pues yo digo ahora, y tengo derecho de decir, que él es el que no cree en el infierno; y por eso no se va a la mano en sus antojos, ni se priva de lo que pone en peligro la salvación del alma. No, el señor obispo no cree en la eternidad de las penas del infierno: si

da a entender que cree en ellas, lo hace de bellaco. Su opinión es que las penas del infierno son temporales; y sostiene que ellas no principiarán sino el día del juicio final, cuando los muertos recobren sus miembros; pues de otro modo, dice, ¿qué sería lo que se quemase en el infierno? El alma, sustancia invisible e impalpable, no está sujeta a los padecimientos físicos, no puede bogar el remo en los mares profundos de debajo de la tierra. Así es que su señoría ilustrísima no comprende cómo los frailes exponen en las paredes de sus conventos esos cuadros tremebundos, donde los condenados, con la boca abierta, están recibiendo el plomo derretido que le encajan los diablos. El alma no tiene boca, dice el cabo Ordóñez; el alma no tiene estómago; el alma no tiene gaznate; ¿cómo traga el plomo, y las sabandijas que allí se les ofrecen? y ¿en dónde depositan esas merendonas poco envidiables? Cuando el señor obispo les hace alguna de estas preguntas indiscretas a los buenos católicos, lo que éstos hacen es enojarse, y echar maldiciones, y excomulgar a la gente. Por mal que yo le quiera a ese clérigo, no estoy lejos de darle un tantico de razón: efectivamente, si el cuerpo se queda en el cementerio, ¿qué piernas son las que les están desgarrando a los condenados los demonios en las pinturas de los conventos y las iglesias? ¿qué brazos se los arrancan tira y más tira? ¿qué lengua le sacan una vara, y qué ojo le revientan adrede? ¿Qué tripas le están hilando

hacia fuera, ni qué hígado se lo está comiendo ese buitre? Es dogma de la religión católica que el alma no se volverá a unir con su cuerpo, sino el día del juicio; y es cosa notoria que el dicho cuerpo se convierte en polvo y ceniza: luego ¿qué lengua... y qué tripas... y qué hígados...? Piense como hombre sensato el señor obispo; mas no lo diga, no sea bestia: le han de hacer matar los clérigos, o le han de matar con sus manos. Lo que conviene es que haya sapos y culebras en el centro de la tierra; y que el espíritu, invisible, impalpable, imponderable, sustancia misteriosa, tenga ojo que le revienten los frailes, hígado que le coma el cura, lengua que le chupe el sacristán, y tripas que vaya tirando e hilando el obispo hasta la consumación de los siglos. Puesto que no podemos vivir sin infierno, que haya infierno, y que haya diablos, y que haya sabandijas, y que haya clérigos, y que haya perros con mal, y que haya curas, y capellanes, y sacristanes, y arzobispos: yo paso por todo: ¿está contento el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Rasgúñez, monseñor del Arroz Seco, obispo de Pilis-Urcu?

Infierno... infierno... ¿Qué más infierno que vivir rodeado de estos alacranes que le pican a uno a cualquier lado que se vuelva, y le dan hinchazones y calentura? Yo tengo para mí que un ciempiés de estos que anda arrastrándose metido en su vaina ne-

gra, es instrumento de suplicio mil veces peor que las horquetas y las uñas de acero con que los demonios desgarran las carnes de los precitos. El infierno está aquí en el mundo: aquí, aquí lo padecemos y lo devoramos; y cuando se nos acabe esta miserable vida, entonces dejaremos de llorar y gemir, y nos sepultaremos en el profundo olvido de la nada eterna, o principiaremos a ver y saber lo que es felicidad, bañados en luz de gloria, saboreando las sensaciones desconocidas para nosotros, que nos están esperando en el abierto, fulgurante espacio donde caerá gloriosamente el espíritu de los hombres buenos. Los alacranes y los ciempiés no van allá; y menos los clérigos cargados de pecados de cocina, que son los peores, porque huelen a aceite. Allá todo es sabor divino y olor embriagante de flores que brotan y se abren en el infinito, calentadas por astros más grandes, claros y benéficos que el sol que ilumina la tierra. En cuanto a mí, tanto me han perseguido y molestado los ciempiés en este mundo de insectos y reptiles, que de buena gana me desvaneciera convertido en sustancia invisible a derramarme en atmósfera más pura, y a inflamarme con rayos de más saludable influjo.

Clérigos, ¡ah clérigos!... Un día vinieron dos clérigos a mi casa, a honrarme con su visita, después de los siete años de mi primer destierro. No desterraba para menos que para toda la vida el reverendo padre

fray Gabriel García Moreno. Si Faustino Rayo no le santigua con un machete, yo no vuelvo nunca a mi país, es cosa notoria. Verdad es que no vivía muriéndome por los trogloditas del Ecuador; pero cuando fué posible volver, volví, no lo niego. He allí mis dos clérigos a visitarme, como queda dicho. Llamábase el uno Leopoldo Freire, el otro Vicente Pastor. Chancearon como gente llana, me dieron un poco de matraca respecto de mis *ideas avanzadas*, como dicen los galiparlistas, y se fueron de muy buen humor, sin haber dejado el pellejo en mi casa, según ellos lo habían temido al entrar. Yo soy hombre que mato a mis visitas, dicen los ciempiés políticos y literarios, quienes piensan que a falta de espada, buena es la piedra. Para la perversidad y la envidia, toda arma es buena: a éste no le podemos llamar ladrón, ni vil, ni canalla, ni vendido, ni empleado perpetuo, ni tonto, ni cobarde; pues echemos fama de que es un tigre. Mis dos clérigos habían entrado temblando: a la vuelta de cinco minutos se estaban riendo con admirable franqueza en mi cuarto. Quién hubiera creído, decían; nos habían dicho que usted era un tigre. Los ciempiés dicen eso, mi doctor Freire, los ciempiés. Y era de oír las carcajadas de los clérigos. De este buen canónigo; que el otro era cazurro y metido dentro de sí mismo.

Las testas coronadas, cuando se visitan entre ellas, pagan la visita el mismo día que la reciben. El prín-

cipe de Gales está saliendo del Eliseo, cuando viene a París, y el presidente de la República francesa sigue tras él a volver el cumplimiento. Como ni mis clérigos ni yo somos reyes ni emperadores, yo dejé transcurrir cuatro días para pagarles la visita. Hallé a *monseñor* Pastor en su casa. Entre los trogloditas de mi tierra no hay sacristán que no sea monseñor: les gusta monseñorearse entre ellos, sin saber lo que es monseñor. Cuando el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Veintemilla resolvió entregarse a los clérigos, empezó a tratar de *monseñor* hasta a las mujeres de los clericales. "Este bruto, dijo una vez un famoso *terrorista*, habrá querido burlarse de mí, o lo hizo de tonto: ha tratado de monseñor a mi mujer durante toda la visita". De buena fe el pobre mudo: quería quedar bien, y la llamaba monseñor.

Monseñor Pastor estaba en su casa, iba yo diciendo. Con el sombrero en la mano, atenta y cortésmente llego a media sala, y saludo: "Señor prebendado". Ni dió un paso a recibirme, ni pronunció mi nombre, ni dejó ver indicios de haberme conocido el clérigo malvado. Debía ese homenaje a la turba de devotos que le estaba rodeando en ese instante, y me hizo un agravio de esos que hieren la vanidad, y aun la dignidad de un hombre que algo supone. Cuando fué a mi casa, fué a tenderme un lazo: fué a obligarme a ir a la suya, para tratarme de ese modo. Esta es la buena fe de

que siempre han usado los clérigos conmigo. Monseñor Pastor nunca más se atrevió a mirarme a la cara: cuando su mala estrella le deparaba un encuentro conmigo, lo que hacía era clavar la quijada en el pecho, y pasar como un difunto. En esa postura le cumplió su palabra al diablo: se murió clavado con él mismo; e hizo bien de morirse; ¡porque figúrense las gentes el castigo que yo le hubiera dado la primera ocasión que se me hubiera presentado a la memoria!

El otro es un buen hombre, hombre bueno y excelente sacerdote, dicen. Tiene en su favor el haberse rehusado a aceptar una mitra, por humildad. Para que vean los radicales que puede haber y hay clérigos buenos; y para que vean los clérigos que no soy *enemigo ciego* de la clerecía. Tengo amigos entre ellos; y curas viven en cuyo convento he tomado buenos vasos de *morada*. Pero Juanito, me decía uno, oiga misa. Pero don Juan, me decía otro, no sea tan volado. Don Juan no se vuela sino con los a quienes debe volar por sus maldades; y oye misa en las cumbres de los montes y las soledades del Océano. Su templo es el universo, sus altares están más cerca del Todopoderoso. Por lo demás es buen muchacho; hasta les paga las visitas a los clérigos, y huye de entrar en controversias desagradables, ni en su casa, ni en la ajena. Al clérigo Ordóñez sí le traté como a perro una vez que vino a la mía en París. No tiene sino quererlo,

para que yo diga el porqué en otra mercurial, y describa a mi modo la escena que ahora está excomulgando. Ese perverso tiene entrañas de Satanás; pero ha llegado quizá el San Miguel que le quebrante la cabeza.

LA HONESTIDAD DE LAS COSTUMBRES

"Condenamos esa obra, porque la lectura de ella no puede menos que causar grave daño en la honestidad de las costumbres."

Pero él no había leído mi obra cuando estaba en París ahora seis o siete años; ¿por qué viene a culparme el grave daño en la honestidad de sus costumbres? Con el breviario en el bolsillo de la sotana le cogieron en la cocina, no con los *Siete Tratados*. El Gobierno de la República del Salvador ha mandado comprar todos los ejemplares que se hallaren de ese libro, para dedicarlos a las bibliotecas nacionales y los planteles de educación, como de *buena* y *útil* lectura, dice la orden publicada en la gaceta oficial. El Gobierno de Venezuela ha remitido al autor de esa obra la condecoración de *El Busto del Libertador* destinada a los escritores útiles, dice el diploma, que se distinguen altamente en las letras humanas. La Academia Franco Hispano-Portuguesa de la ciudad de Tolosa ha inscrito su nombre en sus Anales, y le ha nom-

brado miembro de ella, a causa de los *Siete Tratados*. Cantú, sabio italiano; Reiss, sabio alemán; Hugo, gran francés; don Juan Valera, don Pedro Antonio de Alarcón, académicos españoles, le han dirigido cartas sumamente honrosas. ¿De quién he de hacer caso yo, del padre Ordóñez, ese clérigo semibárbaro que mata brujos, o de estos ínclitos varones que así resplandecen por los conocimientos humanos como por la limpieza de costumbres? Ahora vea el efecto que producen los *Siete Tratados*, como obra de moral, en los hombres que saben lo que ella es, hombres cuya inteligencia va a un paso con el corazón. "Desde hace tres años, dice el escritor español García-Ramón, sólo don Juan Montalvo ha conseguido del todo entusiasmarme; y veo que mi entusiasmo era fundado, pues un *ilustrísima* de Quito ha condenado el libro, dando al orbe una muestra de sus muy claras luces, de su peregrino ingenio, de su sapiencia suma. ¡Ministro del que dejó en el mundo la sublime moral, condenar el libro más moral qué han producido los últimos veinte años!"

NUESTRO ADORABLE REDENTOR

"El escritor dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino."

Aludiendo a este pasaje del libelo eclesiástico dije al principio que el obispo, el mal obispo, desfiguraba mis escritos, y aun faltaba descaradamente a la verdad. ¿Por qué no rebate mis opiniones y destruye mis errores, si los halla en mi libro a este respecto? Todo el que lea mi retrato de Jesús, si es persona inteligente y de conciencia, dirá: ¿Dónde están esas bofetadas? Todo es amor, todo respeto; y basta contemplar "esa mirada casi infinita donde la inmortalidad está yendo y viniendo en ondas de gloria; esa boca por la cual se asoma a cada paso el Verbo Divino; ese porte majestuoso; esa mansedumbre grave; ese amor que experimenta e infunde, como afecto superior a lo humano"; basta ver esto, digo, para que cualquier lector de buena fe exclame: Ese obispo trata de difamar, oculta la verdad, y falta infamemente a

ella. ¿Hubiera él podido jamás expresarse respecto de Jesús en los términos que saliendo de mi pluma *le han hecho tan amable,* según las palabras de un crítico francés? Cuando no es tonto es bellaco ese obispo. Mas tenga cuidado, porque yo puedo salir de mi moderación, y hacer del esbirro de García Moreno, el compinche de Ignacio Veintemilla, el rival del cocinero Bautista, un personaje célebre, si me es posible, en la literatura americana. Ya es mucho sufrirlos a estos bribones, que no han de parar hasta no enfurecer a la plebe a fuerza de mentiras y patrañas, y hacerme asesinar, si pueden haberme a las manos. Tenemos todos derecho a la vida, y por consiguiente a la defensa. El Vicario de Cuenca le está quitando el sueño al arzobispo de Quito. Cuando salió por las calles a gritar: ¡Maten a los herejes! no supo que algunos años después tendría un paisano más adelantado en *buenas intenciones.* ¿Qué opinión sacarían de esos países los académicos franceses cuando, salvando la vida ellos mismos a duras penas, dejaron en pedazos a su secretario en manos de los clérigos? Mucho, mucho hemos andado, es cierto, y lejos nos hallamos de esa negra época. Mas hay una excepción horrible de tiempo y de lugar: yo estoy persuadido de que si el clérigo Ordóñez se propone hacer matar a un liberal con el pueblo, lo hace el día que le dé la gana. El echa su pastoral de muerte; los curas suben a los púlpitos; los capuchinos y los de San Diego se tiran a las calles

con cristos en las manos; los jesuítas atizan; los devotos y los frailes de capa hacen repartir aguardiente; el pueblo pierde el juicio, y ¡ay del que caiga en su poder! La reacción sería espantosa, es verdad; porque los estudiantes, los jóvenes, ese elemento de salvación y de vida, no tardan en encenderse a su vez; y cuando ese mar se encrespa, y ruge, y se rompe en olas bravas, el naufragio de los inicuos es inevitable. Yo que he visto trescientos jóvenes en mi casa una hora después de una tentativa de asesinato sobre mí, gritando todos, y pidiéndome los deje ir a casa del infame Ministro de Estado que había mandado hacer eso, ¿qué derecho tengo para dudar de los jóvenes ni para temer que viesen con indiferencia mi sacrificio por parte de los clérigos de Cuenca? Cuando todo esté perdido en ese país, algunos jóvenes saldrán con las insignias de la patria ocultas en el pecho, y salvarán la libertad y la civilización. ¡Jóvenes, oh jóvenes, vivid, creced, salvad la patria!

LA NIDADA DE VIBORAS

"El desgraciado escritor nos ha regalado, pues, en sus *Siete Tratados*, una nidada de víboras en cestillo cubierto de flores."

Desde Cleopatra, la gente de mal vivir muere así. En cestillo cubierto de flores viene la víbora que la va a picar a la bella cortesana. No tan buena moza como la reina del Nilo el cabo Ordóñez, pero se le puede hacer ese regalo; ¿y qué más se quiere que le brinden con un cestillo de flores, cuando él está mereciendo suerte menos olorosa? Si ellos me dan de comer de día y de noche en el infierno sapos y lagartijas, yo les he de dar culebras siquiera una vez al año. Y aun puede ser que de este modo les cure el mal de rabia, por el aforismo de Hipócrates: *similia similibus*. Veneno con veneno.

El célebre doctor Pasteur ha descubierto el medicamento de la rabia; es la rabia misma. Les inocula a los animales rabiosos el virus rábico, y le está sa-

liendo bien la experiencia. De atenuación en atenuación, el virus rábico pierde su fuerza y desaparece. Admirador de Hipócrates, yo quiero también poner en práctica su principio *similia similibus*: culebras con culebras; ¡víboras con víboras, los he de curar, canallas! Y después han de tener que agradecerme. Si no se quieren curar, que se mueran: no es tanta mi filantropía que vaya a tomarme la molestia de amarrarlos para hacer en ellos la consabida inoculación. El Gobierno de la República Francesa se propone hacer un vasto establecimiento en el bosque de Meudón, para que el doctor Pasteur plantee sus aparatos científicos. Monseñor Ordóñez, sus vicarios, sus canónigos, sus curas y sus predicadores pueden venir a París. Francamente, yo no tengo amistad con el doctor Pasteur; mas por medio de Monsieur Renán no sería difícil que fuesen bien recomendados al bosque de Meudón, donde el príncipe de los químicos modernos podría curarlos por el método de Asclepiadeo: cierta, pronta y agradablemente. *Tuto, celeriter et jocunde.*

LA DESNUDEZ DEL ALMA

"Ojalá Dios Nuestro Señor se digne concederle la gracia que tanto necesita para reparar los daños que ha causado con su pluma. Esa gracia de la cual el escritor tiene tanta mayor necesidad, cuanto menos conoce la desnudez y la pobreza de su alma."

¿Si no conozco la desnudez de mi alma? La conozco, y por eso vivo alto en el orgullo. Alma desnuda, como la verdad; desnuda, como el amor. Todo lo puro, limpio, legítimo es desnudo. La verdad, desnuda; acabo de decirlo: el amor, desnudo. Los ángeles, desnudos vuelan por el aire en sus veloces alas. El agua del mar, cristalina y transparente, es desnuda: el charco inmundo sin movimiento, renovación ni ventilación está vestido de yerbas malsanas, algas venenosas y telas verdes y nauseabundas. Ignacio Ordóñez, agua de charco, no puede compadecer al agua de mar, que viaja de polo a polo en majestuoso vaivén. Los árboles superiores, los admirables, son desnudos: su cuerpo, limpio, se levanta en medio de la selva, y en su

cumbre se sientan las aves del Paraíso. Los arbustos vestidos de musgos y parásitos no son los señores de los montes ni de los jardines. Si quieres ser grande, respetable, desnúdate, Ignacio Ordóñez, y flota como las ondas del Océano, o levántate como el cedro del Líbano, infundiendo veneración con tu sublime corpulencia. No, no te desnudes, desgraciado: si los pecados te han comido la carne de los huesos, has de ser cosa fea de ver. No te desnudes: esos eslabones en las piernas, esos costurones en la espalda no son de la codiciable desnudez de la belleza, ni de la santa desnudez de la virtud. No te desnudes: manchas verdes, placas amarillas, abolladuras negras y húmedas, botones enormes son tu segundo vestido: no te desnudes. Almas como la tuya están cubiertas, vestidas de muchas telas: vestidas de soberbia, vestidas de avaricia, vestidas de lujuria, siete veces vestidas. Las pasiones insanas son camisa en los perversos: los vicios son el segundo alto de las almas no desnudas; y los delitos, capa de coro. Mi alma es de buen temperamento: la espada del ángel del Señor calienta agradablemente la atmósfera en que ella vive; esa espada que echa santo fuego y disipa el hielo con que las potestades infernales están amenazando desde el principio del mundo la morada de nuestros padres.

LA BUENA OCASION

"Ha llegado la ocasión de levantar enérgicamente nuestra voz para condenar un escrito que merece la reprobación de todo buen católico, de todo el que ame de veras a la Iglesia."

No sólo ha merecido ese escrito la aprobación, sino también el aplauso de muchos hombres ilustres, filósofos profundos y poetas insignes. Si éstos aman de veras a la Iglesia de Ignacio Ortóñez, no sé; pero sé que tienen amor a la sabiduría, procuran no alejarse de la virtud, y viven con Dios por medio de las buenas costumbres. La Iglesia, eso que llaman Iglesia los clérigos semibárbaros de ciertas Repúblicas de América, puede no merecer el aprecio ni el cariño de los buenos cristianos. Si me dan una Iglesia alumbrada por la luz divina, donde esté resplandeciendo la verdad, y las virtudes en forma de música nunca oída suenen y embelesen a las almas puras; si me dan esta Iglesia, entro en ella y me postro ante el ser invisible que me levanta el corazón y me ilumina la cabeza. Pero esa aduana del

pensamiento donde las grandes ideas, los nobles arranques hacia la libertad y el bien del género humano; las lecciones provechosas; los consejos de la sana razón, las máximas de la filosofía, las enseñanzas de la historia, los primores del arte, las inocentes distracciones y los solaces con los cuales el hombre contrarresta los dolores de la vida; la aduana, digo, donde todas estas cosas son artículos de contrabando confiscados inexorablemente por los espectros negros que están a la puerta; esa aduana no es mi Iglesia.

EL JUICIO DE DIOS

"Alzando alto nuestra voz llamaremos a las tinieblas, tinieblas, a la blasfemia, blasfemia, porque solamente tememos dos cosas: el juicio de Dios y las alabanzas de los perversos."

Y al *sergent de ville* o gendarme ¿no le teme? Parece que sí, puesto que perdió el color cuando le vió entrar a su cuarto. Por desgracia el gendarme se llevó al cocinero, en vez de llevarse al obispo. Desde entonces ha quedado éste así tan valiente, que nada teme. El juicio de Dios, hace bien de temer; porque si el justo apenas estará seguro, ¿qué será del pecador contumaz, el hipócrita, el perseguidor de sus semejantes, el hombre desgraciado cuyo pan es el odio, cuyo vino es la hiel?

Quid sunt miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus
Cum vir justus sid securus?

Tema, tema el juicio de Dios; nadie más que él debe temerlo. Pero no lo teme; el que falta a la verdad

con mala intención, no teme el juicio de Dios. El que engaña al pueblo, le irrita y le excita contra sus hermanos, no teme el juicio de Dios. El que maldice, condena y roba la esperanza de los hombres buenos, no teme el juicio de Dios. Ignacio Ordóñez no lo teme, por que no es el *vir justus* de Job ni del Salmista.

"Alzando alto nuestra voz llamaremos, a las tinieblas, tinieblas; a la mentira, mentira; a la blasfemia, blasfemia."

Y cuando alce bajo la voz ¿qué sucederá? El sistema del *pan pan*, amigo Ordóñez, no es para un obispo. Los soldados de mala educación, fanfarrones y matasietes, en sus arranques de coraje y valentía, suelen llamar pan al pan y vino al vino. *¿El pan pan, vino vino* lo aprendió usted, sin duda, cuando fué Cabo Pimienta con grado de alfajor? En los cuarteles se oye mucho *pan pan*, mucho *vino vino*, y otras cosas un tanto fuertes, esa que Horacio señala para comida del verdugo, verbigracia. El *pan pan*, todavía se le podrá sufrir a monseñor manteca; pero si viene a echarnos esos tacos que promete, con mil diablos, yo no le aguanto. En cuanto a *las alabanzas de los perversos*, le está sucediendo lo que no quiere; pues no le alaban sino sus curas, y tal cual fraile de levita que tiene mucho gusto de verle de carnaza, en tanto que ellos están en cobro tras ese grito *invulnerable*. Los perversos le alabare-

mos también de cuando en cuando: diremos que es buen muchacho, aunque no muy feliz en amores: diremos que entiende de cocina, por otro estilo que Alejandro Dumas. Si bien es verdad que no debe de entender mucho, puesto que se le pasmó la torta y se le fué el condumio a la ceniza. Por lo demás, ya que estamos en vena de alabarle, diremos que es gente de iglesia, no siquiera por vocación, por inclinación, sino por bancarrota de amor y por despecho. Hallándose un día en la sala de su cuñada, mirándola despacio, y riéndose como cernícalo, dijo: "A esta Merceditas le debo lo que soy: quién hubiera creído que las calabazas se me hubieran convertido en mitra". Mucha fortuna fué la suya de salir así patas arriba; pero tenga cuidado que la mitra no se le convierta en calabazas. Dirá él que los más insignes obispos han sido obra de un arrepentimiento, puede ser; como el obispo de Hipona, ese gran libertino que luego fué el más sabio de los Padres de la Iglesia. Pero Agustín, si hubiera querido, se hubiera casado, porque era gentil mancebo y conocía la senda del corazón femenino. El no tuvo que dejar las calabazas a la puerta de la iglesia, como el ilustrísimo y reverendísimo José Fideos.

MAS CUARESMA

"El tiempo de cuaresma es tiempo saludable, Venerables Hermanos y Queridos Hijos; tiempo de salvación: no lo dejemos pasar en vano para nuestras almas."

La ocasión es calva: si no se cogen de esta cuaresma, se los llevó el demonio: Padres, Hijos y Hermanos se van en confuso montón a los infiernos. Y a los Tíos, y a los Primos, y a los Cuñados ¿por qué los dejan? Sería también conveniente se llevasen algunas Abuelas; y no estarían por demás unas cuatro docenas de Suegras. Hasta a los infiernos quieren irse con mayúscula estos frailes vanidosos. Cuando hablamos de la segunda persona de la Santísima Trinidad escribimos Hijo: el cabo Ordóñez pide mayúscula aun para sus cuarteroncitos: no faltaba otra cosa. Pues no señor: allá ha de ser ignacio ordóñez; y cuando se empeñe en ser José, ha de ser josé morocho. En tiempo de cuaresma se le permite que se firme José Ignacio Escabeche; y no lo llevaremos a mal si el día de pascua de resu-

rrección toma el nombre de Pepe Tamales. Todo es cocina, amigo: no le falta a usted sino la montera blanca de los cocineros parisienses. Donde me va bien, allí es mi tierra, señor don Ignacio: usted estará en el infierno como en su casa; y matará puerco, y tomará pioquinto, y hará por no desmerecer de nuestros mayores, esos buenos gachupines de marras que no cometían otros pecados que los que dictan la malicia y la fragilidad humana, según usted mismo sentó al principio de su pastoral. Pero mire que los yangüeses no estén por allí cerca; que si están, sobre las calabazas vendrán las estacas, sin que ni mitra ni yelmo de Mambrino les importen un ardite a esos desalmados.

PRO GRATIARUM ACTIONE

"Finalmente para dar gracias a Dios Nuestro Señor por los muchos beneficios que tan misericordiosamente se ha dignado conceder en estos últimos meses a nuestra República, ordenamos y mandamos que desde la primer domínica de Pasión, todos los sacerdotes de nuestra Arquidiócesis recen en la Santa Misa la oración *Pro gratiarum actione.*"

En pueblos donde la Iglesia está ligada al Estado, yo no digo que los clérigos no tomen parte en la política; ni les he negado jamás el derecho de representación. No porque son ministros de la Iglesia dejan de ser ciudadanos; ni es conveniente que el amor a la patria y el interés por la comunidad sean sofocados por las leyes en una buena parte de los hijos de la República. Los políticos y hombres de Estado más insignes de nuestros tiempos han sido eclesiásticos, desde Jiménez de Cisneros hasta Mazarino, pasando por ese gran corta - pescuezos llamado Richelieu. Y cuando vemos al clérigo Sieyes de presidente de la Convención y caudi-

llo de la revolución francesa, ¿qué derecho tenemos los liberales para excluir ciegamente al clero de los asuntos políticos? Dupanloup perteneció al Cuerpo Legislativo de Francia; y ahora mismo el señor Freppel, obispo de Angers, es el campeón del partido conservador en el Parlamento, y el terror de Julio Ferry. Al contrario, yo quisiera que todas las clases de la sociedad humana tuvieran voz y voto, para que todas contribuyeran al bien general y todas fueran responsables de los males que resultan de la falta de juicio y patriotismo. Lo que sí exigiría de los clérigos, no menos que de los seculares, sería probidad en la política, lo mismo que en la vida privada; rectitud, buena fe y buena conciencia. Pero se echa de ver que los eclesiásticos no son escrupulosos, y que para ellos es la cosa más sencilla del mundo andar ligándose con cualquier caudillo, como éste ofrezca ventajas personales o de clase. El pundonor es ley común: a un clérigo no le perjudica el ser pundonoroso. El señor Ignacio Ordóñez, enemigo militante del señor Ignacio Veintemilla (¡qué señores éstos!); enemigo como lo suelen ser los clérigos, esto es, feroz, implacable, no puede sufrir cuatro días de emigración, y se somete como vil, y se tira de rodillas, no ante Dios Nuestro Señor, sino ante el *enemigo de la religión*, como él lo llamaba; le ofrece el oro y el moro, le besa los pies, y se levanta arzobispo de Quito, a título de alianza y amistad hasta la muerte. Dicen que este par de bárbaros a cual más corrompido, para dar

fuerza al juramento. se picaron los dedos, y cada uno chupó la sangre del otro. Los salvajes del Amazonas tienen esta fórmula material para sus compromisos; y primero se viene el sol abajo que falten a la fe jurada. Ignacio Ordóñez está haciendo rezar la oración *pro gratiarum actione,* porque se lo ha llevado el diablo a su socio y aparcero Ignacio Veintemilla. El felón, el ingrato y el canalla están en una sola persona: ¿qué estimación, qué respeto ha de merecer trapo como ése? ¿y qué crédito? ¿y qué confianza? ¿Piensan los conservadores de ese país que si volviera Ignacio Veintemilla a echarle mano a la República, el obispo no sería inmediatamente de los suyos, y no pusiera el púlpito a sus órdenes? *Pro gratiarum actione,* y *Te Deum laudamus,* y todo: clérigo como él no tiene obligación de ser hombre de bien en política: si no fuera tan despreciable, infundiera odio profundo este falso profeta.

EL NUDO DEL ASUNTO

"Esta carta pastoral se leerá en todas las iglesias de la capital y de las parroquias el día domingo, cuando hubiere mayor concurso de gente."

Aquí está el lazo: si me hubiera yo hallado en Quito, habría sido esa pastoral una tentativa de asesinato. Con otra pieza del propio linaje, leída en todas las iglesias, formó un motín y lo echó sobre una ciudad patriótica que estaba entendiendo en plan de elecciones: palo y puñal, sangre y escándalo, y luego privación del más sagrado derecho de los ciudadanos, éstos son los efectos de las pastorales de ese Melgarejo eclesiástico. ¡Y estas cosas suceden en la capital de una República, ciudad en otro tiempo ilustre, que ha dado la voz de la libertad y ha prendido fuego al edificio que ardió veinte años! ¿Así pues, yo no podría volver a mi patria, ni aun derribado el malhechor Ignacio Veintemilla, el héroe de las Catilinarias? Si voy solo y en paz, el obispo me señala a la gente que no lee, la engaña con embustes, le dice que soy enemigo de Dios y que

le doy de bofetadas a Jesucristo; la enfurece, y me hace pedazos por cien manos ajenas, a despecho de mi buen nombre. Nación donde los clérigos tienen este poder de Satanás, no está segura de sí misma. No me digan los que tienen hoy el poder en la mano, que ellos son libres, ellos, los clérigos, para designar para la muerte a los ciudadanos que han vivido y viven trabajando y muriendo por la honra de la patria. Un obispo de la índole de Ignacio Ordóñez sin contrarresto, ni de la ley, ni de la imprenta, es animal sin freno que atropellará por todo. En el interés de todos está que ese ebrio de pasiones tenga algo que respetar y temer. Cuando digo ebrio, no digo que es bebedor; digo que bebe pasiones, y que, así como otros se embriagan con licores fuertes, él se emborracha con soberbia, con envidia, con ira, y que en este estado de enajenación es capaz de meter fuego al templo de Salomón.

Yo quisiera saber lo que juzgan en conciencia los clericales mismos de un sistema que consiste en la supresión de los elementos de la sociedad humana en nuestro siglo; y si se les oculta lo que resultaría en caso de que las predicaciones de aquel obispo viniesen a tener efecto práctico. La lectura, prohibida; las artes, prohibidas; las sociedades, prohibidas; los pasatiempos honestos, prohibidos; ¿qué oscuridad, qué vacío lleno de dolor y tristeza fueran ésos? Los *Siete Tratados*, donde apenas por incidencia se tocan materias

religiosas, han sido absolutamente prohibidos. He allí, pues, prohibida la historia de la guerra de independencia en el tratado de "Los héroes". El de "La nobleza" nada contiene que tenga que ver con las aprensiones de los clérigos. "Los banquetes de los filósofos", pudo haberlos escrito un católico. "El Buscapié", composición del todo literaria. Pues el obispo de Ordóñez niega la sepultura a los que lean esas cosas: ¡hay suerte desventurada del pueblo! El teatro, en general, está excomulgado; las reuniones sociales, la tertulia, el baile, todo es ocasión de pecado, donde *se arruinan las almas*, dice; y las prohibe y anatematiza, y llama a confesión a todo el mundo. A su voz el pueblo se levanta, los pícaros en política azuzan y reparten aguardiente, y mil brazos vengadores están alzados contra *los herejes*. Mas dudo que aquel perverso pudiera algo con los estudiantes, los jóvenes, ni con los viejos ilustrados, quienes tienen vergüenza, y se irritan de que de su país salgan esos documentos infames para escándalo de América. "Atentado contra la civilización": así ha intitulado un célebre periódico el artículo en que habla de la pastoral del obispo de Quito; y ya dos periódicos de París que han tenido noticia de ese acto de barbarie, le han arrastrado por el suelo a ese imprudente, recordando en términos mortales la aventura que estuvo en un tris de llevarlo al Palacio de Justicia.

EL ARTE EN EL TEATRO

El barón de Platel, conocido en el periodismo de París con el nombre de *Ignotus*, es desaforado papista, como todos saben. Aurelien Scholl se burló ahora poco de su título de barón, con decir que le había venido de Roma, gracias a su adhesión a la Santa Sede. Pues el barón de Platel, más intransigente con el liberalismo que Rotchefort con la curia romana, acaba de publicar en "El Fígaro" un soberbio artículo en el cual dice: "El teatro es una de las más bellas y más poderosas manifestaciones del arte: un grande hombre puede contener en sí un gran actor; y la mujer más pura puede ser una gran actriz, Raquel y la Malibrán fueron la encarnación más radiosa de la idea femenina". Los conservadores de Quito se han de admirar del estado de atraso de los católicos de Francia; y el obispo Ordóñez ha de morir de lástima de *Ignotus*, el celebérrimo campeón de la Iglesia, tan ilustrado clerical como excelente literato. "Muchas bailarinas han sido admirables artistas", agrega el señor barón: Ordóñez prohibe el baile. No sabe, sin duda, este buen clérigo, lo que es

Rosita Mauri, cuando vestida de ángel, se dispara al escenario, y traza con los pies y los brazos idilios y poemas que hacen morir de gusto a los buenos cristianos, tanto más cuanto que la bellaca, si no es de las más bonitas, tiene la pierna más descomulgada que se puede ver en esta vida. El padre Ordóñez, si no se acordase del *sergent de ville*, se botaría a las tablas, Dios sabe con qué intenciones. Para no exponerse a esta *ruina de las almas*, ha tenido por mejor prohibirle el baile, el canto, el piano, el arpa, la vihuela y todo: no deja sino el castrapuercos para el servicio de su capilla.

EL BAILE

Este ejercicio, quién lo creyera, es una de las manifestaciones del espíritu, y una muda, pero enérgica manera de dar forma a los sentimientos del ánimo. Así lo prueban las danzas guerreras de los antiguos, y las de los salvajes en nuestros días; las danzas macábricas; las danzas fúnebres de ciertos pueblos expresivos; y las danzas religiosas. Pues han de saber los clérigos que en todos tiempos ha habido danzas religiosas. Las doncellas de Israel, bailando alrededor del carro de David celebraron sus victorias; y este patriarca mismo bailó con furor profético en torno del arca santa. La naturaleza tiene impulsos que se convierten en arte: el baile es un impulso natural en el hombre, y por eso bailan los locos, sin saber lo que hacen; bailan los borrachos; bailan los niños. Sujeto a ciertas reglas que nacen de la observación, el baile viene a ser cadencia y armonía. Así como los versos han de cumplir con tales y cuales condiciones para encerrar en ellos la poesía, así el baile sujeto a reglas es la poesía en movimiento. Una danza perfecta es un poema donde

el alma se está manifestando en el vaivén armónico y gracioso de las acciones de los miembros. Una india trágica de cierto país de América, llamada doña Lorenza, se levantó una noche, bailó sus celos una hora con furia inaudita, fué y le dió de puñaladas a su amante infiel. Las tribus guerreras que habitaban las orillas de los grandes ríos de la América del Norte, nunca salían al combate sin prevenir el valor, digamos así, con una danza armada. La agitación física imprime cierta sensación en el espíritu: el que va volando en un caballo por una pampa libre, se siente más animoso que si estuviera sentado en un rincón de su casa. La vida se conserva con el movimiento, y acaso nació del movimiento. El movimiento armónico es ya arte; y así es como las danzas guerreras de los salvajes se han convertido en pomposos bailes de corte, donde la hermosura ostenta los primores y las seducciones, no del cuerpo solamente, sino también del alma. Dudo que una mujer tibia, fría, de pasiones vulgares pueda bailar bien: el fuego es elemento necesario en todas las cosas de la vida: muchas veces permanece oculto, pero de su misterioso retiro está encendiendo el pecho y dirigiendo hasta las ideas del hombre. Los temperamentos nerviosos, delicados, cogen la flor en todo, porque ésos son los que se están inflamando a la continua en el foco invisible del universo donde hierve sin ruido eternamente la vida de los seres creados. El baile es una de las expresiones de la naturaleza, lo repetimos:

prohibirlo, es prohibir una efusión necesaria: condenarlo, es como condenar el uso de la palabra. ¿Oh tú que lo condenas, hombre insensato, sabes a qué distancias te hallas de la sana razón y de este perfeccionamiento sublime que se llama civilización y cultura?

Tanta parte tiene en ellas el baile, que el arte lo ha tomado como auxiliar de la música y el drama. Las danzas que interrumpen la acción de las óperas en los grandes teatros europeos, no son sino un brillante ripio: nada tienen que ver con la obra principal, y con todo no hay gran ciudad que pueda prescindir de ellas. Como halago de la vista, ningún espectáculo es comparable a una danza colectiva de mujeres hermosas: los poetas clásicos mismos no se sienten ofendidos por esas deslumbradoras infracciones de la unidad dramática, cuando de súbito se precipitan en torrentes de armonía visible cien muchachas inflamadas por el dios de la danza, que es un Apolo más apasionado y hermoso que el de la poesía. Los bailes en las grandes casas de París, Londres y Viena son magníficas representaciones de arte, por que mil artes concurren a formar ese conjunto primoroso que está llenando ese palacio. La música es aliada perpetua del baile: ¿cómo un arte así tan sencillo, tan inocente en su elegancia, puede ser ocasión del vicio, y menos de *la ruina de las almas,* como dice un sacerdote ofuscado por las sombras del fana-

tismo y la barbarie? Yo suelo mirar con indiferencia ciertos espectáculos públicos que en estas grandes ciudades se pregonan con trompetas, en los cuales, generalmente, más es el ruido que las nueces; pero quisiera yo saber si en Niza faltaba yo jamás a esos bailes de niños que en la estación de invierno alegran ese jardín de la Europa. Las almas de los niños no se arruinan: sus madres, cuando los visten para el baile, y los llevan por la mano, lejos están de pensar que los van a entregar al vicio ni al pecado. El alma del niño es oro puro; no se gasta ni oscurece; y con todo sería grave delito en la madre si lo fuese a exponer a los insultos y peligros de un pasatiempo deshonesto. Los bailes de niños son parte esencial del programa en las fiestas de París y otras capitales; luego el baile no es conceptuado una vorágine, ni a los obispos católicos se les ha ocurrido anatematizarlo. ¿Qué sería de las hermosas quiteñas, tan aficionadas al baile, si los errores y la tiranía de ese mal clérigo llegaran a imperar a modo de leyes en su patria? Las mujeres tienen dos pasiones, el baile y las flores: quitadles estas dulces flaquezas, y les habréis dado un golpe mortal. Mujeres sin flores y sin baile no existen en los países donde la hermosura tiene su cetro levantado. Bailad, quiteñas, que en graciosas vueltas y mudanzas saludan al Altísimo los ángeles del cielo, cuando rompe el sol de gloria e inunda los espacios infinitos. El pecado se suele emboscar con más frecuencia tras el rebujo de la insocial

devota, y el diablo pone sus zancadillas saliendo de entre la sotana de esos funestos matadores del espíritu que quieren reinar sobre un sepulcro. Y las ninfas del Guayas, quienes si no bailan no viven, ¿qué dirán de ese horrible anatematizador? Juventud, salud, frescura, amor están pidiendo movimiento: bailad, bailad, hermosas; que mientras los buenos pensamientos graviten sobre el corazón, nunca llega la ocasión de perderse ni arruinarse. El alma se arruina en la mentira, la hipocresía, la maledicencia: la honestidad alegre es la que más prendas ofrece: no en vano estáis resplandeciendo en la primavera de la vida, ni es para la muerte del corazón para lo que la naturaleza os ha colmado de sus dones: bailad, hermosas, y allá se desgañiten vuestros clérigos. Esclavas, en buenhora, del amor, el deber, la virtud: el yugo de esos siniestros enemigos de la felicidad ajena, no es llevadero. Bailad, hermosas, amad, cantad, sed dueñas del mundo, y gobernadlo en consulta con la sana razón y las virtudes.

Yo le quisiera poner al ilustrísimo y reverendísimo señor José Ordóñez en manos de Paul Bert o de Leo Taxil, para que estos famosos anatómicos de frailes hagan en él experiencias de vivisección, y vean si de veras está muerto, como dijo al principio de su pastoral. Mientras no haya uno que lo diseque, ese obispo nos ha de dar que hacer. Más ¿qué dirá cuando sepa que las grandes damas de París, las aristócratas del barrio

de San Germán, conservadoras, clericales y realistas; las católicas - apostólicas - romanas de París han organizado una corrida gigantesca de toros en el Hipódromo? Toreadores españoles, picadores, banderilleros y chulos, todo lo tenían listo; y el *primer espada*, el gran Frascuelo, estaba para llegar de Madrid. Se meten los liberales en la danza, y todo lo echan a perder. ¡Ah, canallas, prohibirles sus toros a los católicos, para que *se les arruinen las almas*! Como es esto, el obispo de Quito prohibe las corridas de toros, porque, dice, en ellas se arruinan las almas: los católicos de París están dados al diablo de que Waldeck-Rousseau, ministro del Interior, les hubiese impedido su buena corrida con segunda intención, para arruinarles las almas. Por fas o por nefas, los católicos son ahora los cachiforrados y jorobados, los perdidos y fundidos. Los *fregados* hubiera dicho yo animosamente, si esta obrita había de andar en confianza entre hispanoamericanos; pero corro el peligro que ella vaya también al poder de algún español de los que las cortan en el aire en esto del hablar pulido, para recordar por segunda vez una expresión de Miguel de Cervantes, y me abstengo de decir que el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio está *fregado*.

APARICION

En un regreso de Europa al Nuevo Mundo, después de diez o doce días de navegación, de repente, una tarde, sin haberlo pensado ni soñado, el padre Ordóñez, vestido de obispo, comparece sobre cubierta: ¿de dónde salió? ¿en dónde había estado metido tanto tiempo? Nadie ignora que a bordo, burla burlando, todo el mundo quiere echar al agua a los clérigos, porque, dicen, son de mal agüero y acarrean naufragios y desgracias. Si no se ríe tanto, y no chancea el pobre frate, y no da un duro para los marineros, le tiran al mar. Se escapó en mala hora: hele allí discutiendo a brazo partido con los que quieren oírle. ¡Jesús si es tonto el clérigo! Dijo que "a la cuenta" los protestantes no eran cristianos; y que Lutero había sido hijo de Calvino; y que el degüello de los hugonotes fué obra de los liberales; y otras de éstas. Los hugonotes, en su concepto, eran la flor y nata de los ultramontanos; y por eso los masones los habían hecho asesinar. Le sonaba tan bien este nombre *hugonotes,* que se extasiaba en él: "Los hogunotes", decía a cada

paso; "los hogunotes". Los hugonotes, señor obispo, le corrige un chileno. "Sí, señor, sí, los hogunotes: digo que los hogunotes". El hijo de Lutero era lo que más le molestaba: Lutero le parecía un dragón con haber tenido un hijo. ¿No sabe este santo inocente de obispo que no hay sensación más grata en la vida que el tacto de un niño, según un poeta oriental? Cuando ese patriarca de la Reforma veía a su hijo en brazos de su esposa cómo chupaba el pecho, mirando alrededor alegremente, era sin duda el hombre feliz con los secretos de la paternidad y el cariño. Para Ordóñez era un malvado; no por la grandiosa espadada que le dió a Roma, sino por el hijo que a Dios plugo concederle. Si él no está a la presente con un marmitoncito vestido de monaguillo, el *sergent de ville* tiene la culpa. Si le dan tiempo, Lutero no hubiera sido tan pícaro. Lutero amó, se casó; hizo bien: no anduvo tras la mujer ajena, y menos tras la cocinera de su hermana. Lutero fué hombre sabio, gran sacerdote, y persona de buenas costumbres. A los clérigos católicos que han dado toda clase de escándalos, y han intentado toda clase de picardías les corresponde perseguirlo y morderlo hasta en el refugio profundo e invisible de la eternidad. Los hijos ajenos, jamás perdonan los clérigos; para los propios alegan *la fragilidad humana*, y dicen que *ellos también son hombres*.

¿Cómo nos vengamos de este monigote?, dijo un colombiano; porque junto con Lutero entramos en la colada todos los liberales del mundo: y nos pusimos a discurrir una traza, la cual, una vez resuelta, nos salió a las mil maravillas. Había entre los pasajeros un borrachín llamado Saturnino Picón, de lo más solícito por el *ilustrísimo señor*, como él le llamaba. Para mal de sus pecados el ilustrísimo señor le tenía a su lado en la mesa. De comer, de beber, todo le quería dar con sus manos don Saturno, según decían todos por abreviar. Una vez tomó su servilleta y fué a limpiarle la boca: ya no pudo el pobre clérigo: Don Saturnino, le dijo en voz suplicante, no me sirva demás, por Dios le pido. Esta súplica fué su perdición: Don Saturno, le decíamos al primer toque de la campana, echamos de ver que usted se descuida de su señoría ilustrísima: apenas usa usted de algún comedimiento con él: preciso es que le atienda de una manera más cumplida y decente. Pero si me ha dicho que no le sirva demás, respondía exasperado. Esa es modestia, es política: no se atenga usted a lo que él le diga, sino a lo que le cumple a un buen católico respecto de un sacerdote de tan elevada jerarquía.

Don Saturnino Picón siempre estaba medio borracho: poco le habíamos pedido:

"¿Esta tirita de pernil, señor obispo?"

"Don Saturnino . . . "

"¿Este trocito de jamón, señor obispo?"

"Don Saturno . . . "

"Este debe de ser pato: ¿el ala, señor obispo, el ala?"

"Don Saturno, ¡por Dios!"

"Mi vino es de Burdeos, señor obispo: es rigulá, muy rigulá. No tenga miedo, no le he de ensuciar la ropa".

"Vaya, dijo el clérigo, le daremos gusto". Y más por zafar de aquella muela que por gana de beber, se echó al coleto un jarro de tintura de campeche".

"La gallina está gorda, señor obispo: ¿pierna o pechuga?"

"Don Saturno . . . "

"Estas papas son turbadas, según mi modo de ver las cosas. A bordo las llaman patatas; y estos ingleses son tan brutos que dicen *poteitos*. ¿No dije que eran turbadas? ¿Un par de ellitas, señor obispo?"

"No son turbadas sino trufadas, o con trufas. Pero ni trufadas ni turbadas las quiero".

Buen hablista era el eclesiástico; pero nosotros estábamos muriendo de risa al frente y a los lados. Don Saturno Picón, codeado por un maldito antioqueño, volvía a la carga con más fuerza.

"Estas parecen patas de puerco, señor obispo. En mi casa las preparan muy bien. Si no me engaño, están envueltas en maíz: cátelas su señoría".

"Por San Joaquín y nuestra señora Santa Ana, señor don Saturnino, perdóneme la vida".

"¿Le gusta el guineo a su señoría ilustrísima? Este es de Otaití: lo he pelado para su señoría a propósito".

"¡No me lo encaje por las narices, con mil diablos!"

El desventurado sacerdote solicitó del maestresala le diese otro asiento; pues ese hombre, dijo, le iba a matar. Se libró de la mesa, pero no se pudo librar del puente, porque don Saturno a cada rato le venía con una copa de coñac, un vaso de limonada, un plato de arroz que iba a traer de la procura, un puñado de pasas. Al fin desapareció el señor obispo. Si no se encierra en su camarote durante todo el resto del viaje, ese monstruo le acaba de quitar la vida. Venganza más completa no he saboreado en los años que tengo. Si algún día vengo a ser presidente de la República, por todo castigo le he de poner un don Saturnino Picón al lado; y veremos si no pide misericordia.

EL PRIMERO SOBERBIA

"Dado en nuestro palacio arzobispal de Quito a los diez y nueve días de febrero de 1884.

✠ José Ignacio."

El Ministro del Interior había propuesto ahora ha poco al dicho arzobispo una entrevista. Según la contestación, no hemos de decir que había propuesto, sino solicitado; pues respondió el clérigo: Concedo, "aquí, aquí, en mi palacio episcopal". Que respetemos a los eclesiásticos, bien como a personas, si lo merecen, bien como a clase social, es justo y conveniente; que fomentemos su soberbia, y los mantengamos en la opinión de que ellos son el primer Poder de la República, es necio y peligroso. Un ministro de Estado es personaje elevadísimo: si está mereciendo su puesto, es grave, digno, austero. No le sienta mal el orgullo, ese afecto superior, que no es sino reconocimiento de los méritos propios, y homenaje a esa entidad moral que se llama Gobierno. El orgullo medido, comedido, sabio, es virtud personal y pública a un mismo tiempo.

El orgullo puesto en los términos de la virtud, es obligatorio en los que están representando a la Nación, y tienen en sus manos la majestad y la suerte de sus conciudadanos. El Gobierno representa la Nación, y la Nación es más que el obispo. El obispo . . . ¿Qué es o qué debe ser el obispo? Es el pastor; y al pastor de almas no le convienen ni la cara, ni las maneras, ni las palabras, ni las acciones de Herodes. "Aquí, aquí, en nuestro palacio episcopal . . . " ¡Cómo le bajara yo el copete a ese falso rey! No con mandarle a la cárcel, no con sacarle dinero, no con insultarle ni perseguirle, no: con no necesitar de él para maldita la cosa, con no dirigirme a él para nada, con no hacer caso de sus farsas y comedias. Pero estos majaderos de presidentes, que en ciertas Repúblicas de América, son capaces de dar el alma al diablo por un *Te Deum;* estos ministros que tienen a honra estar en notas con la curia, y andan besándoles la mano a los clérigos, los infatúan, les hacen perder el juicio, y les ponen de modo que no hay demonio que los aguante. En hallando un clérigo harto razonable, que no solamente no se oponga, pero que me anime a la buena, la santa obra de la civilización, y me ayude en ella, ¡loado sea Dios! ¡con cuánto gusto cultivara yo con él relaciones públicas y privadas! Pero a ese bode que llama al presidente, a los ministros: "Acá, acá, a mi palacio episcopal" yo le mando a donde sabía el coronel Cambronne, y mantengo la dignidad de la República.

✝ JOSE IGNACIO

Con este signo anuncian los periódicos españoles la muerte de la persona cuyo retrato publican. ¿Si José Ignacio Ordóñez estará de veras muerto, como él lo pretende? Yo soy de parecer que los buenos vivan, aun cuando se perjudiquen en sus asuntos eternos; pues al fin diez o veinte años ¿qué son para la eternidad? Si han de vivir para ellos eternamente, vivan para nosotros algunos días. Los buenos viven para sus semejantes, sus hermanos; y buenos son, no los perversos que descuentan con el ayuno y la misa sus pecados, sus vicios, y quizá sus crímenes ocultos, sino los que practican las virtudes en silencio, y divinizan sus penas y dolores con el sufrimiento, el santo sufrimiento. Ir a la iglesia de día y de noche, confesarse, comulgar, ayunar, no es ser bueno un hombre, si huye de las obras de misericordia. Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, enseñar al que no sabe, visitar a los enfermos, esto es ser bueno. Yo le haré siempre la señal de la cruz a ese cuya religión consiste en meterse a la iglesia, y

volver la cara al desgraciado que está en la puerta pidiendo un pedazo de pan por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Y quién, quién más que el devoto se halla lejos de la caridad? ¿quién más que el devoto desconoce la fraternidad? El devoto, personificación tenebrosa del egoísmo, es duro de corazón y ruin hasta no más. Las leyes civiles deben tener que hacer con el devoto de profesión, no menos que con el tahur, el ebrio consuetudinario, el alcahuete. El devotismo, cuando es profesión, es profesión infame: un buen intendente de policía perseguiría a los devotos pertinaces, como a las mujeres escandalosas y a los vagos: esa muda canalla es la parte más perjudicial de la sociedad humana. Esto queda dicho en el concepto de que el devoto de profesión y el hipócrita son una misma cosa. Ahora el que salga contra mí por el castigo que le impongo al devoto, proclama la hipocresía, y se va a matar a la verdad. La piedad sincera, medida, prudente, es otra cosa: lejos de improbarla, yo quisiera una república donde todos los ciudadanos fueran piadosos. El culto sensato rendido a la Divinidad no es cosa opuesta a los progresos de la civilización ni a los refinamientos de las ciudades cultas. Cualquiera que sea la convicción secreta del que tiene el poder en la mano, hará bien éste de contribuir decorosamente a esas demostraciones que no perjudican al orden ni a las luces. El gran Enrique IV no tuvo inconveniente en ir a misa entre católicos; y Napoleón

asistía, no menos a las grandes fiestas y solemnidades de Nuestra Señora de París, que a las mezquitas de las orillas del Nilo. Pero dejarles a los clérigos que sean los verdaderos soberanos, es gran impolítica y grave falta que redunda en mal de la Nación. Ved allí un obispo que lo excomulga todo; libros, artes, pasatiempos, trabajo, y exige que todo el mundo vaya al tribunal de la penitencia, a vivir a los pies del sacerdote, desentendiéndose de obligaciones y deberes. ¿Qué estado de barbarie estúpido y feroz fuera el del pueblo que escuchase y obedeciese a hombre así tan apartado de la razón y la virtud? Cuando un pueblo llega a estos extremos, se halla en vísperas, o de su ruina completa, o de su salvación. Estas son crisis de las naciones: o se pierden en la conquista, o dan el salto que las pone al otro lado del precipicio, donde están la libertad y la cultura.

COMENTARIOS

He dicho que el pueblo de la ciudad de Cuenca, excitado por el vicario, atropelló y asesinó al secretario de los Académicos franceses que en 1778 fueron a continuar sus operaciones científicas en el llano de Tarqui, para la determinación de la figura de la tierra. La víctima no fué el secretario; fué el cirujano, Monsieur Seniergues. Jussieu, Godín, Bouguer, de la Condamine, Jorge Juan, Ulloa, fueron perseguidos y acometidos: el que no tuvo tiempo de huir, dejó la vida en manos de esos bárbaros, quienes los mataban por *brujos* y *herejes*. Las obras de esos sabios no estarán, probablemente, a los alcances de los pobres clérigos que junto con Ignacio Ordóñez están conspirando contra la figura de la tierra; pero los viajes de don Francisco José de Caldas son cosa fácil de hallar y entender; ellos me ponen a salvo de la contestación de su ilustrísima, a quien ya le estoy oyendo gritar: ¡Mentira!

"Mentira" ha dicho también respecto de mi observación de que, los cinco primeros siglos del cristianismo, la Iglesia tuvo por herejía la adoración de las

imágenes. Y con todo, es un hecho histórico que Constantino quinto, llamado Coprónimo, condenaba a horribles suplicios a los adoradores de las imágenes, siendo como era protector furioso del catolicismo. Pueden los clérigos de Ordóñez leer la *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Gibbon es uno de los más grandes y respetables historiadores modernos. Y aunque es autor inglés, su obra es tan clásica y célebre que se halla traducida hasta al español. La versión de Mor de Fuentes les podrá sacar del paso; que si se tratara de leer en lengua inglesa, en ayunas se quedarán todos esos Venerables Hermanos y Queridos Hijos, lo mismo que el Venerable Padre sin hijos. *Prole sine pater creata*. El horror con que los cristianos primitivos miraron el culto pagano de las imágenes, nos pone en cobro de las penas del infierno, porque tenemos por más razonable la doctrina de esos tiempos que la de nuestros días. Por lo menos la contradicción es manifiesta; y yo no sé cómo se toman los ortodoxos para sacarla de este paso a la santa Iglesia. Negar, como hace el obispo Ordóñez, las verdades más inconcusas de la historia, no es sino igualar el atrevimiento con la ignorancia. El que San Lucas haya hecho el retrato de Jesús, no prueba sino que San Lucas fué pintor; y, como retrato verdadero del Maestro, pudieron muy bien tenerlo en veneración los discípulos. ¿Esto qué tiene que ver con las piedras y los palos que hoy adoran los nuevos gentiles?

Sabido es que las artes son el último esfuerzo de la civilización; y que la pintura no ilustra sino a los pueblos sumamente cultos. Los Melantos y los Apeles, los Fidias y los Praxiteles florecen en el siglo de Pericles, cuando Grecia ha llegado al punto supremo de progreso y cultura. Los apóstoles fueron humildes e ignorantes pescadores de un país poco civilizado; ¿a qué horas aprendió San Lucas el arte del dibujo y el de la pintura? A esto yo mismo contestaré por mis Venerables Hermanos y mis Queridos Hijos: Así como los cuatro Evangelistas escribieron sin haber sido escritores, así el uno de ellos pudo haber pintado sin haber sido pintor. Todo está en la inspiración. Bien es verdad que no tendría yo qué responder, si algún importuno averiguador de las cosas insistiese diciendo: Los Evangelios, como obra de inspiración, viven ya mil ochocientos años; y están lejos de perderse de la memoria de los hombres; ¿cómo sucede que el retrato de Jesús, otra obra de inspiración divina, ha sido olvidado y se ha perdido?

¿Si caerá en la cuenta el cabo Ordóñez de una terrible ponderación mía, cuando digo que un papa *no sé cuántos* sacaba almas del infierno a tanto por cabeza? Considere el señor obispo que en el infierno *mulla est redemptio,* y que de allí ni veinticinco papas pueden arrancar una alma, por buenos enlazadores y jinetes que sean. No fué del infierno sino del purgatorio de

donde el papa Calixto se comprometió a sacar almas, a 200 maravedises cada una. Tenía yo algo confuso este recuerdo en mi cabeza: el padre Juan de Mariana me ha puesto las cosas en claro. Ni fué Pío primero, como dije a la mano de Dios, sino el papa Calixto. Cuanto al precio, yo salgo fiador: cada alma, grande o pequeña, blanca o negra, joven o vieja, valía 200 maravedises; y la sacaba su santidad acto continuo a la recepción del dinerillo: plata en mano, como dicen. Por no haber querido hacer aplicación de este principio a la práctica, salió tan mal en París el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Escudríñez. Cuando se le ofrezca otra vez empeñarse en meter una alma en el infierno, no olvide el principio del papa Calixto: *plata en mano;* y cuando se proponga sacar una del purgatorio, no la saque mientras no le cuenten sobre la mesa los doscientos maravedises. Cuenta y razón conserva amistad. Sin el principio jurídico: *hago para que des,* no hay salvación posible.

Allí está la *Historia general de España,* donde el señor ilustrísimo José Ignacio Mata-brujos puede ir a tomarse estrota mentira. Por felicidad el padre Juan de Mariana es jesuíta; y no dirán los clérigos come-académicos que no ha hecho sino firmar lo que yo le he mandado.

INDICE

El obispo 7
Non flere 7
Máxima de Solón 11
El hombre cuerdo 12
Principio de Buffon 13
Asesinato del cirujano de los Académicos 14
Mi guía a las ruinas de Itálica 16
Modelo de pastorales 17
El río de sangre: los Albigenses, los Templarios, los Hugonotes 20
Enrique VIII y Felipe II 23
¡Muera el que piensa! 25
Del ayuno 31
La fe viva 43
La fe en la aldea 51
Ruina de las almas 53
Malas señales 57
El Teatro 59
Los malos libros 65
La Novela 67
La vergüenza 77
Suerte del cajista 79
Tristeza y amargura 83
Dar buen consejo 87
Si la Iglesia Católica ha errado 91
Las sagradas imágenes 103
Las penas eternas 113
La honestidad de las costumbres 123
Nuestro adorable Redentor 125
La nidada de víboras 129
La desnudez del alma 131
La buena ocasión 133
El juicio de Dios 135
Más cuaresma 139
Pro gratiarum actione 141
El nudo del asunto 145
El arte en el teatro 149
El baile 151
Aparición 157
El primero soberbia 163
✠ José Ignacio 165
Comentarios 169

Acabóse de imprimir el 5 de
mayo 1946, en los Talleres
Gráficos AMERICALEE
Tucumán 353 - Buenos Aires
PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley Número 11.723
Copyright by Editorial Americalee - Buenos Aires, 1946

COLECCION DE NOVELAS

1

JUYUNGO

(Historia de un negro, una isla y otros negros)

por *Adalberto Ortiz*

Volumen de 272 páginas con sobrecubierta en citocromía . . . . . $ 4 50

2

LA CONQUISTA DEL REINO DE MAYA

por *Angel Ganivet*

Volumen de 304 páginas, con sobrecubierta en citocromía . . . . . $ 5.—

3

ERAMOS SEIS

por *María José Dupré*

Volumen de 352 páginas, con sobrecubierta en citocromía . . . . . $ 5.—

4

ENRIQUILLO

por *Manuel de J. Galvan*

Volumen de 480 páginas, con sobrecubierta en citocromía . . . . . $ 6.50

EDITORIAL AMERICALEE
Tucumán 353 Buenos Aires